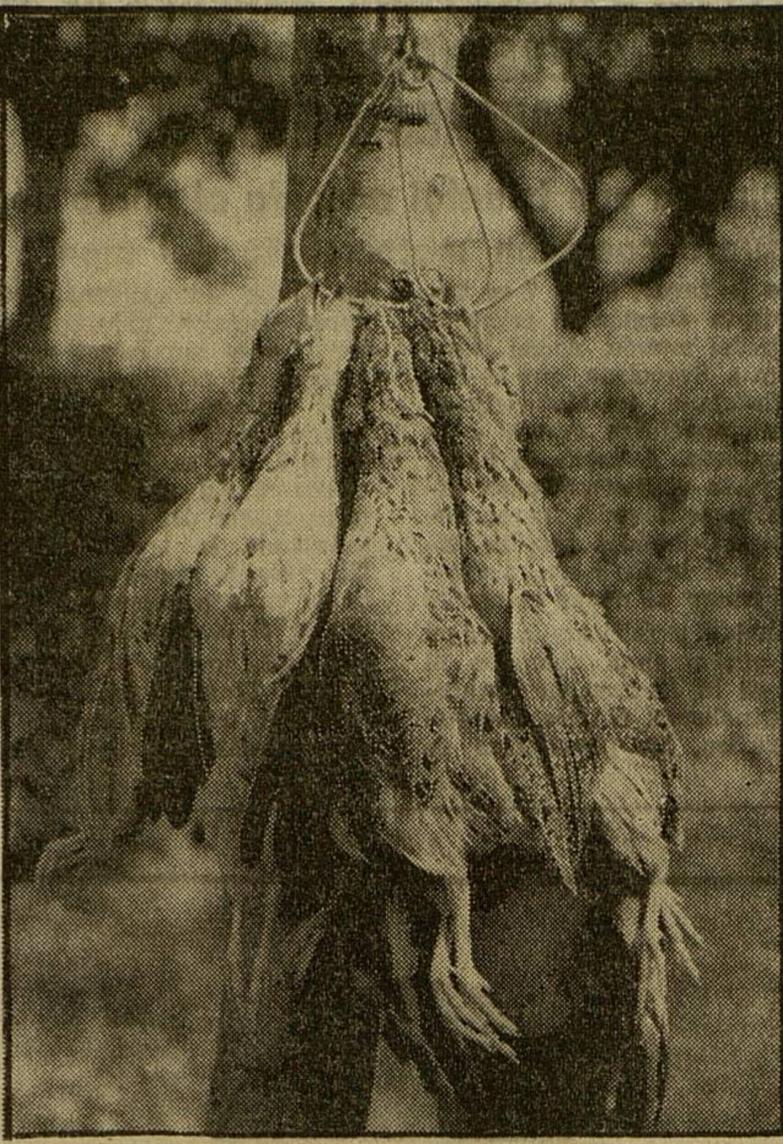


CON LA ESCOPETA AL HOMBRO



LA TEMPORADA DE CODORNIZ

CON este pájaro, cada año se repite el cuento, lo que quiere decir que el cuento de la codorniz, como el de la buena pipa, es el cuento de nunca acabar. Mi memoria cinegética, con profundidad de treinta años, apenas registra una temporada en que la codorniz subiera a modo, es decir a gusto del consumidor. Claro que en estos avatares de la caza el consumidor suele mostrarse muy exigente y si dispara cuatro cohetes, pide seis, y si le dieran la posibilidad de tirar seis, reclamaría doce. Con las perchas se muestra uno egoísta, como llaman en mi pueblo a los ansiosos. El caso es que este año, codorniz subió poca, siquiera no falten quienes afirmen haberse divertido en tal o cual punto, cosa admisible, puesto que en esto de la caza de la codorniz, todo estriba en tener la suerte de agarrar un buen corro o sorprender una pasa. (Los meseteros estamos ya habituados a que los bien informados nos facturen de un lugar a otro con la garantía de que "ayer los pájaros salían de seis en seis" o de que "otro y yo, a las dos horas, ya andábamos sin cartuchos", afirmaciones sinceras la mayor parte de las veces, ya que en estas épocas, iniciadas las migraciones, uno puede irrumpir inopinadamente en el rastrojo donde pernoctó el bando y a la mañana siguiente no quedar allí una para contarlo. Tal cosa es frecuente en septiembre y, si agosto viene frío —como ha venido este año, doblado el mes, con temperaturas de tres grados en los páramos— y la pollada ya está crecida, en agosto también). De modo y manera, que el que no se divierta en las hazas de los altillos mientras otro se aburre en los bajos, o a la inversa, es cosa de todos los días en este menester.

La codorniz, como es sabido, es ave caprichosa; ni su veleidad —la del pájaro— ni los fríos agostéños, que más o menos acentuados suelen darse todos los años, justifican por sí solos su escasez esta temporada en la mitad norte de la península. Y, puestos a buscar razones de más enjundia, yo me iría a los otros fríos, esto es, a los largos fríos de primavera que este año se prolongaron hasta la segunda decena de julio, época en que los pollos en años normales, andan ya apeonando por los rastrojos. O sea, la codorniz que se mueve, la codorniz digamos veraneante, que cada vez es menos, y que inicia sus divagaciones en primavera, no precisó subir mucho para hallar frescura y un lugar adecuado para la cría. Quiero decir con esto que la mayor parte de la codorniz debió aposentarse en las siembras andaluzas o extremeñas y fueron las menos las que se llegaron a la meseta norte, más alta, y por ello, notablemente más fría. Esta sospecha se acentúa moviéndose por las hazas de las tierras altas de Burgos y de Palencia en las que, ya metidos en septiembre, se encuentran polladas de siete o quince días, lo que significa que la codorniz crió este año por estos pagos con notorio retraso.

Más existen otras razones para que la inmigración primaveral de codornices sea cada año menos nutrida en Castilla, a saber, la concentración de parcelas que, aunque a paso de tortuga, va borrando los linderos de los campos, el aprovechamiento de tierras marginales, la sustitución de cultivos de trigo por cultivos de cebada —menos querenciosos de este avecilla— y el perceptible incremento de ganado lanar, que deja hollados y polvorientos los rastrojos a las pocas horas de la siega. En una palabra, a medida que el artificio y la organización se asientan en el campo, el cazador tiene menos probabilidades de divertirse.

Todo esto, unido a la proliferación de escopetas, reduce lo que los franceses llamarían "chance" del pájaro, de tal modo que en tierras de Santa María del Campo (Burgos) que, aparte la iglesia y la muralla, ofrece abundancia de caza y de rastrojos, uno no disparó la escopeta a los tres días de abierta la media veda, caso casi insólito y más aún en un terreno acotado que el día de la apertura dio aproximadamente setecientas cincuenta codornices repartidas entre seis u ocho cuadrillas por un total de treinta escopetas. ¿Qué puede suceder para que unos pajonales ricos ayer en pájaros no den uno a los dos días de la masacre? A esta pregunta me respondía, con propiedad, mi consocio, el molinero señor Calleja, vecino del lugar:

—Mire usted, al margen de las perchas sustanciosas del primer día, si considera usted que los arroyos bajan secos, o sea, no bajan; que las lindes son cada día menos y más ralas, y que los rastrojos, de por sí escuetos, son arrasados por los rebaños, nada puede extrañarnos que la codorniz tome las de Villadiego, se suba a la paramera de la noche a la mañana, sin preparar siquiera las maletas.

Y, en efecto, la poca codorniz que uno ha tropezado por los pagos de León, Palencia y Burgos, ha sido en los altos, donde se concentran las de los vallejos y vegas y las que van hacia el Africa de retirada. Estos pájaros no se sienten aquí a la intemperie ya que aparte los mohedales, pimpolladas, y perdidos de brazo, de los bordes, aún se encuentran, en pleno septiembre, con un importante número de parcelas sin segar. Las nubes se agarraron este año a las crestas desde mediados de agosto y entre el agua y el rocío, el grano, inflado en la espiga, se resiste a separarse de la argaya y el cascabillo con lo que la cosechadora apenas puede hacer vida de él. En suma, el infortunio del labrador —que a estas alturas, con las cosechadoras atolladas, no sabe si abandonar el cereal pinado en el campo— ha permitido que la poca codorniz que subió este año a la mitad norte de la península permanezca —pese a los frios y lluvias de las últimas semanas— unos días más entre nosotros para consuelo del cazador, por más que las rayas de lo pinado signifiquen para él —para el cazador— una nueva versión del suplicio de Tántalo.

Miguel Delibes

LA CODORNIZ EN LA MESA

Ni los cazadores ni los no cazadores, se ponen de acuerdo sobre cual, de entre todos los animales cazables, es el mejor, el más delicado y apetecible en el plato. La becada y el pato a la naranja, son aves con buena prensa, muy merecida por otra parte, pero yo puedo afirmar, tras una encuesta a nivel doméstico, que es la codorniz quien se lleva la palma. La codorniz en sus mil variantes culinarias es animal que nunca da el pego, que, como los tentetiosos de nuestra infancia, es un bichejo que se haga con él lo que se haga —habló de la cocina— siempre queda de pie. Únicamente puede fallar el guiso debido a la edad del pájaro, pero una olla con dos docenas de codornices, normalmente no nos deparará más de dos o tres ejemplares musculados por los años y el ejercicio. Por lo demás, la codorniz es ave tiernísima, de unas carnes prietas —de muy matizado sabor— que se desprenden del hueso sin más que una ligera presión de labios. Basta observar el insignificante montón de huesecillos que deja un pájaro de estos para comprobar que la codorniz es el ave comestible por excelencia; ave que apenas deja cenizas o, si lo prefieren, es, de los que conozco, el único pájaro que en lugar de huesos tiene espinas (y ustedes ya me entienden).

Con frecuencia, el profano, que no sabe de las delicias que este pájaro singular depara en el rastrojo y en la mesa, menospreciará a la codorniz por su tamaño, a lo que el codornicero fetén replicará sin demora: "Aguarde usted a que caigan cuatro gotas". Porque es un hecho comprobado que el mágico metabolismo de la codorniz, le permite transformar el agua en manteca prácticamente en veinticuatro horas. De aquí que entre la codorniz agostea y la septembrina haya una distancia; la primera es magra, de pechugas prietas y alargadas y caderas escurridas, es decir, su contextura, diríamos, es atlética. Basta un chaparrón que empape el grano para que la grácil ave-cilla pierda su figura lineal y elástica y se convierta en un rollito de manteca, de anatomía indiferenciada. Su metamorfosis es completa y vertiginosa. La lluvia, pues, es grasa para este pájaro. Y esta grasa, unida al variado repertorio de su dieta (cualquiera que sienta curiosidad por la alimentación de esta ave no tiene sino que analizar los ingredientes que se mezclan en su buche: trigo, centeno, cebada, avena, semillas de plantas rastreras, insectos, hierbecillas, etc.), nos da esa prodigiosa gama de matices tan difícil de registrar literariamente. Hablo, claro es, de codornices silvestres, ya que la industrialización de este pájaro ha inducido —con éxito— a su cría artificial, cría que tengo entendido iniciaron los japoneses y ahora se copia en todas partes. Esta cría y engorde se hace a base de inmovilidad y piensos compuestos, con lo que una vez más se sacrifica la calidad a la cantidad. Para que una codorniz sea sabrosa, su ceiba debe ser natural y a base de una dieta espontánea y variada y, por supuesto, sin sacrificar su libertad para que el animal divague sin impedimentos.

Los islotes de grasa acumulados bajo la fina epidermis de la codorniz, hace de su desplumadura un ejercicio delicado, ejercicio que cuando se realiza en equipo (el pelado de la codorniz, siendo tantos los pájaros necesarios para hacer plato, y tan abundante su pluma, es prudente dividirlo para efectuarlo a conciencia), conviene someterlo a una experta dirección. De otro modo el desgarrón —avería de muy difícil arreglo— se producirá inevitablemente. Para evitarlo, la celeridad que permite el desplumado de alas, espalda y obispillo, ha de ser refrenada al alcanzar la larga pluma que cubre muslos y caderas y, en particular, la gorguera y el buche. En estas zonas, la desplumadura debe efectuarse pluma a pluma, protegiendo la piel con el dedo pulgar de la mano izquierda. Esto que parece una tontería, deja de parecerlo cuando uno se enfrenta con uno de estos pájaros y se ve en trance de desnudarlo.

La codorniz bien pelada, despojada de la última vello-sidad mediante una chamusquina de llama de alcohol, queda dispuesta para la cocina. Y es aquí, como dije, donde el pájaro autoriza todo tipo de giros culinarios y veleidades. El tropiezo, como dije, es difícil. Yo recuerdo, por ejemplo, la suculenta receta de mi madre: Los pájaros, redondeados por las mantecas, se envolvían, uno a uno, en lonjas de tocino y, luego, en hojas de parra que se sujetaban pacientemente con un hilo. Hilos y hojas desaparecían en el momento de ser servidas, tras un concienzudo asado al horno. No hay que describir la untuosidad, la suculencia de una salsa conseguida a base de la fusión parcial de las grasas del bicho y del abrigo de tocino, a las que ponía un contrapunto vegetal el jugo de las hojas de parra. Aún recuerdo como la torre de ocho panes de kilo que entraban diariamente en mi casa iba decreciendo ante las exigencias de aquella salsa que no podía ser desdeñada.

Más esto de coser las codornices, de arroparlas con abrigo e impermeable, constituía un ejercicio culinario paciente y prolongado, inadecuado para nuestra época, hecha de prisas y de improvisaciones. El paso del tiempo también se percibe —y quizá con mayor dureza que en otros lugares— en la cocina. Con esto quiero sugerir que mi mujer ha sustituido el asado de la codorniz, con toda la impedimenta descrita, por un estofado a base de una cama de cebolla, ajo, perejil, laurel y aceite —todo en crudo— sobre la que van depositándose los pájaros, salados, uno a uno. El resultado es también magnífico, y, por supuesto nada pierde si se le añaden unos champiñones o, como he visto recientemente en San Sebastián, unas uvas de moscatel.

La codorniz, en suma es ave golosa, tanto que cuando falta en los pajarales se la busca en la incubadora. Y si no que lo diga ese pollero de Burgos que el primer día de la temporada vendió a los cazadores norteños dos mil piezas. La ocasión de lucir una buena percha y de obsequiarse con un sabroso estofado no debe despreciarse y, si el campo no da pájaros, nada puede extrañarnos que se busquen en la pollería, siquiera, como apuntado queda, entre pájaro doméstico y pájaro silvestre exista una distancia.

Miguel Delibes

DEPORTI

CON LA ESCOPETA AL HOMBRO

LA CAZA DE LA GANGA

LA ganga es uno de los pájaros más misteriosos e insociables —en su relación con el hombre— de nuestra fauna. Por sabido ya no hablo para ornitólogos, sino para vagabundos, cazadores y trota-páramos. Y para éstos la ganga es antes un ruido —o si se prefiere una gangosa modulación— que una presencia. Pretendo decir que si a la ganga se la oye poco, todavía se la ve menos. Se trata de un ave que nunca se le arrancará al cazador —ni larga, ni corta— a su paso, sino que está ahí, en el aire —en el cielo neblinoso principalmente— y emite, de cuando en cuando, un gargarismo cadencioso —gaag, gaag— mediante el que se delata. De otro modo, muchos cazadores y hombres de campo consumirían su vida sin percatarse de que la ganga es una realidad.

Empezando por su denominación, la ganga ya constituye un semillero de equívocos. En tierras burgalesas se le conoce por el nombre de chorla, mientras en tierras de pinares vallisoletana he oído llamarla churra. El equívoco continúa a la hora de identificarla ya que a menudo, incluso entre gentes que se precian de pajareras, se le confunde con la ortega, que es ave tan esquivada e invisible como la chorla, pero de más bulto, vientre oscuro y propensión a las salinas y labajos. La ganga frecuenta las tierras áridas, y según los entendidos anida en el suelo (yo nunca vi un nido de ganga), y su plumaje, bastante rico dentro de la gama del castaño, es mimético con las tierras meseteras, indistinto, a cierta distancia, en los barbechos. A mi ver, la ganga tiene algo de paloma y algo de perdiz; en cualquier caso, las patas, cuello y pico cortos le imprimen una textura maciza que, incluso en vuelo, da una sensación de firmeza y robustez.

Otro de los grandes misterios de la ganga es su alimentación. Tan es esto así, que mi buen amigo Ramón Coronado, que sabe de pájaros más que la madre que los parió, está preparando su tesis doctoral sobre la dieta de estos bichos. Su paciencia —la de Ramón Coronado— es tanta que lleva años metido en el empeño y si uno sale a cazar gangas con él, en el reparto de piezas, no se reserva otro botín que los bucheros y mollejas de las presas. De esta forma, Coronado, lleva ya analizados los bolos alimenticios de centenares de pájaros, con lo que es de esperar que al menos en lo que atañe a su comida, el misterio de la ganga no tardará en desvelarse.

Topar con uno de estos bichos a tiro de escopeta es un lance de fortuna, tanto que yo que me he pasado un tercio de vida en el campo no he visto derribar, en mano galana, más que dos, una a mi hermano Adolfo, allá por los años cincuenta, en tierras zamoranas de Cañizo, y otra a mi hijo Germán, de la parte de Tordesillas, hace escasas temporadas... Ambas fueron abatidas en mañanas de niebla alta, de esa niebla que sin ser cerrada estorba la visibilidad y desconcierta a los pájaros.

De forma, que lo poco que uno sabe de las gangas es que son independientes y escamotas y que en las mañanas de calor —en julio y agosto— bajan a beber y a bañarse a las lagunas y fuentes y, luego, buscan unos revolcaderos de su gusto para secarse. De modo y manera que si la ganga no sale cuando uno va con la escopeta al hombro, habrá que esperar a que entre, que ésta es la añagaza inventada por el hombre para hacerse con aquellos bichos cuyos hábitos y prevenciones los hacen prácticamente inabordables. Así, para cazar unas gangas sobran las piernas y los pulmones; basta con apelar a nuestro sentido de observación y estudiar detenidamente sus bebederos y revolcaderos habituales; esto es, sus querencias.

Yo recuerdo haber hecho mis primeros pinitos a la ganga siendo todavía un rapaz, mediada la década de los treinta, con los hermanos Igea, dos excelentes muchachos que la guerra se llevó. Entonces bajábamos de mañana a los labajos del Raso, en Boecillo, a pocos kilómetros de Valladolid. Nuestra inexperiencia cinegética era entonces de tal monta, que disparábamos alevosamente a calzón quieto, mientras los bichos bebían, sin el menor asomo —que todo hay que decirlo— de remordimientos. Después fui aprendiendo a ocultarme, entre los carrizos, a confundirme con el campo, de forma que la ganga pudiera ponerse a tiro de escopeta y tratar así de abatirla en vuelo. Esta modalidad de tiro recata sus dificultades y constituye un magnífico pasatiempo en las mañanas estivales. Para ello hay que colocarse en el tolo con el sol y retirarse a media mañana. (De ocho a once son las horas preferidas por la ganga para efectuar sus pediluvios.) Una vez que el cazador ha disimulado su presencia, no procede otra cosa que echarle paciencia al asunto, aguardar ojo avizor, supuesto que la ganga no llega, irrumpe, es decir, las más de las veces, si el animalito no canta, surge de buenas a primeras por encima de nuestras cabezas, por detrás o por delante, y es posible que no nos brinde más que una sola oportunidad de derribarla, bien porque, pese a nuestras precauciones de camuflaje, nos divisa, bien porque, si el bebedero no es muy localizado, termine por amerizar lejos del tolo donde la aguardamos. Como, además, el vuelo de la ganga es brioso y rápido, el pájaro tiene más que matar de lo que —dadas las condiciones del aguardo— podría pensarse. A estas dificultades hay que añadir otra, aparentemente paradójica, pero que en mi caso no lo es: que en lugar de una ganga, vengan tres o vengan seis, ya que la ganga, sin ser animal de un gregarismo exagerado, propende a asociarse con sus congéneres, bien que, salvo cortas excepciones, de manera moderada, en bandos de cuatro a ocho individuos. La irrupción de varias aves provoca en uno, de inmediato, la vacilación para elegir blanco, vacilación de segundos, claro está, pero suficiente, las más de las veces, para que la oportunidad se dilapide y el bando se marche a criar sin sentir siquiera el espolazo de la detonación.

La espera es de resultados muy desiguales y, por supuesto, más generosa cuanto más aprieta la canícula. Por regla general, en zona ni muy pródiga ni muy roñosa, en un día ni muy frío ni muy caliente, es normal colgar de seis a doce pájaros después de partir los tiros con el campo.

Esta caza veraniega y matutina tiene sobre otras una gran ventaja: ser testigo mudo —sin hambre, ni sed; sin fatiga, ni calor— del despertar paulatino de la naturaleza —más animado si en la charca a cuya vera hemos montado el aguardo anidan los parreros— no da ocasión al aburrimiento, y aunque las gangas no bajen ni al baño ni al secadero, siempre cabrá decir lo que diría el otro: «Que nos quiten lo bailado».

Miguel Delibes

CON LA ESCOPETA AL HOMBRO

ZORREANDO EN EL ARLANZA

Aprovechando la media veda y velando por el desdoblamiento sin sobresaltos de perdices y conejos, hemos dedicado una tarde a zorrear la margen derecha del Arlanza, un soto angosto pero muy denso, junto a Escuderos, término municipal de Santa María del Campo, dirigidos por la experiencia de dos consumados venadores: el molinero Enrique Calleja y José Luis Montes, un hombre que mudó los dientes corriendo polladas por los majuelos.

—¿Zorreamos un rato?

—Vamos a zorrear.

Si el señor Calleja, el molinero, o José Luis Montes, hombre de asfalto que no ha perdido —y Dios se lo conserve muchos años!— su apetito montaraz, dicen que a zorrear, o que a huronear, o que a mover las perdices, se produce en los alrededores del molino —portalón, sotechados y corralizas— un movimiento canino inusitado. Enrique Calleja es cazador que entiende el oficio, y si con un ojo vigila la molienda, con el otro otea el cielo, a los tesos, o el río. Y súbitamente, como suelen ocurrir estas cosas, Enrique Calleja, el molinero, siente la llamada del campo y, sin más, trueca los trebejos de molinero por los trebejos de cazador —o de pescador— y se larga al campo. Imagino que Enrique Calleja no ha leído a Marcuse, pero su cabeza entrecana, protegida por la boina negra espolvoreada de harina (o sea entrecana también), intuye que la represión del instinto silvestre no es en modo alguno recomendable. Y es suficiente que el señor Calleja diga «a zorrear», o que agarre la canana y la escopeta sin decir palabra, para que los nueve perros del molino, dóciles y cansinos de ordinario, entren en una nerviosa agitación.

Los perros del molinero; no es porque yo lo diga, son cosa de libro. Allí hay un pastor alemán, un setter, un pointer, varios galgos, un ratonero, dos perdigueros de Burgos y, sin embargo, no hay castas. Quiero decir que si Enrique Calleja tuviera que elegir compañía —un solo compañero— para cobrar unos gazapos, desdenaría probablemente a los canes de raza y marcharía con la «Morita», una perrita ratonera que en apariencia no vale un real y, sin embargo, trabaja los conejos como los ángeles. Y si lo que se propone es tirar a los patos, lo mismo echa mano del «Lobo», un pastor alemán que, en teoría, no caza, pero se zambulle en las aguas del Arlanza sin un mal gesto. Mas, de ordinario, el molinero no establece limitaciones a sus perros, y si sale al campo le basta con emitir un tenue silbido desde la ventanilla para que la «Mora», la «Morita», el «Zar», el «Buey», el «Rifle», el «Roy», el «Lobo» emprendan una loca carrera tras el automóvil, galopada muy útil para desfogarles y meterles en cintura a la hora de la verdad.

Sorprende este dinamismo en la jauría del molinero, ya que, como dije, los perros de Enrique Calleja, en contra de lo que suele ser frecuente en granjas y cortijos, son animales pandos y sosegados, de forma que el forastero puede arrimarse al molino sin un gruñido ni una mirada torva. La actitud cívica de los canes del molinero es una actitud ejemplar. Dichos perros no parecen españoles; su instinto de agresividad es mínimo. Observa en ellos una apacibilidad de rumiantes, una sumisa mirada bovina por demás tranquilizadora. Más tarde me advertirá el molinero que buena parte de su dieta alimenticia se compone de harina y salvados, de lo que podremos deducir que un animal —y no olvidemos que el hombre lo es—, dejando de lado los genes y el medio, es lo que come. Sería cosa de estudiar la dieta de los españoles para tratar de remediar su inveterada propensión al caninismo. Pero si el señor Calleja dice «a zorrear», raro será que el zorro falle. En estos asuntos cinéticos, el señor Calleja sabe dónde se mueve. A veces, el molinero se asoma desde la ventana del molino a las aguas del Arlanza, da una fumada a su pitillo, entrecierra los ojos y dice tranquilamente:

—Ese barbo pesa más del kilo.

Y si alguien le lleva la contraria, el molinero, valiéndose de buenas o de malas artes —que esto no hace al caso—, atraparé el pez en un decir Jesús y lo pondrá en el platillo de la balanza.

—Kilo y cuarto — dirá escuetamente.

Porque el señor Calleja desconoce la jactancia y jamás abusa de su experiencia en apuestas que versen sobre el campo y sobre las criaturas que lo pueblan. Enrique Calleja sería un franciscano perfecto si su debilidad gastronómica no le empujara hacia el estofado de perdices o las truchas a la navarra. Tampoco es hombre de zancadillas el señor Calleja, y si ve a algún despistado armarse de horquilla y reteles para dar un tiento al arroyo Franco en un día de viento sur, le advertirá noblemente:

—Oye, tú, ¿quieres que te diga una cosa?

—¿Qué?

—Que podrías ahorrarte el viaje.

El molinero sabe de requetesobra que el cangrejo sale con el norte tras un día de calorina, conoce los lugares donde crece la ova para la carpa, manipula el pez muerto y le hace «vivir» para atrapar a la trucha de cuatro kilos (luego le retratan en los periódicos de Burgos), desconfía de las laderas sur en las pasas de codorniz, barrunta los encames de la liebre de acuerdo con el estado del tiempo, conoce, en fin, por las espumas del Arlanza, cuándo amaga la lluvia.

—¿Zorreamos un rato?

—Vamos a zorrear.

El «Zar», el «Roy», la «Mora», la «Morita», el «Buey», el «Rifle», el «Lobo» compiten en la cinta gris con el 124 de Luis Pulpón. A poco, Enrique Calleja coloca a las escopetas en los pasos del soto («la primera bien arrimada al río que una vez a Aldo Evangelisti se le largó nadando el marrajo de él sin hacer ni caso de los cinco tiros de la repetidora») y dirige luego a los batidores armado de una lata de gas-oil, en la que redobla estrepitosamente con dos guijos que ha cogido en la casajera. De vez en cuando, mientras avanzamos, cesa el redoble y me hace una advertencia o me da una información:

—El raposo tiene las bocas ahí arriba, en la ladera, pero en días como hoy busca la frescura para la siesta.

La «Morita», el «Zar», el «Buey», el «Rifle» rastrean entre los tamarindos, los sauces y las mimbreras, y de pronto la «Mora», la vieja «Mora» («ahí donde la ve, lo mismo tiene quince años»), se arranca en unos ladridos espaciados, de rara solemnidad.

—Si la «Mora» late ya sacó la zorra, eso por descontado.

Aumenta el griterío, mas los aullidos del animal se han desplazado ahora a nuestra espalda.

—¡Ya nos toreó el tunante de él! ¡Me c... en la madre que lo parió!

Enrique Calleja, el molinero, redobla en la lata enmohecida con furor creciente, y de súbito, en el profundo silencio de la ribera, retumba un estampido.

—¡Ya está! — grita el señor Calleja.

Y apenas ha concluido de decirlo cuando suena otra detonación.

—¡Esto va bueno!

La batida toca a su fin, y al salir a lo limpio Manolo Núñez y mi hijo Germán nos aguardan, cada uno con un raposo en la mano. El de mi chico es hembra, una hembrita proporcionada, de piel rojiza, y el de Manolo Núñez un hermoso macho de diez kilos, de piel pintada. Es el primer pelo de Manolo Núñez, un muchacho asentado, con dieciocho años y sus matrículas de honor en segundo de Agrónomos, que hasta en el campo —dado el reposo con que apunta y dispara— se diría que aplica el cálculo diferencial. Manolo Núñez no se ofusca al tomar los puntos a la pieza, sea ésta una codorniz o un raposo de diez kilos.

—Quedó seco —dice, y se vuelve al señor Calleja—: Le atiné al brazuelo, como usted dijo.

Enrique Calleja, el molinero, le sonríe, como sonríen los maestros a los discípulos aventajados.

—Es éste tu primer zorro, ¿no es cierto?

Manolo Núñez asiente. El señor Calleja se pasa lentamente la lengua por los labios.

—Pues esto habrá que mojarlo, hijo. El próximo día que te arrimes por el molino te traes una botella de champán, ¿oyes? Es la costumbre.

CON LA ESCOPETA AL HOMBRO

LA DESVEDA

El domingo 12, día de la raza por más señas, se abrió en este país la temporada de caza menor y tengo entendido que también la de algunas especies mayores como la del jabali, por ejemplo. La apertura trajo su sorpresa, como la trajo —sorpresa— el cierre de la temporada anterior. Esto sugiere que la caza se está convirtiendo en un roscón de reyes o en un juego de prestidigitación en el que nunca se sabe si la administración va a sacarse de la manga un pichoncito blanco o un conejo. ...si, al concluir la temporada pasada, los cazadores del país vieron con perplejidad lo nunca visto: el primer domingo de febrero, como es tradicional por estos pagos, comenzó la veda de las especies menores en toda nuestra geografía... excepto en dos o tres provincias del sur próximas a Madrid. Esta desigualdad de trato provocó, como es de ley, comentarios harto desfavorables supuesto que la única razón de esta medida fue, al parecer, que los prohombres de Madrid tenían ya organizados un par de caceries de campanillas en la Mancha y Extremadura. Ante tamañas pretensiones no restaba más solución que la de cortar por lo sano y declararlas inviables —las pretensiones— o, por el contrario, saltarse la ley a la torera y complacer a los prohombres con la consiguiente indignación de los venadores marginados. Al acceder a aquéllas, la irritación estaba más que justificada ya que si es el apareamiento de las especies y su subsiguiente desdoblamiento lo que motiva el período de veda y este desdoblamiento viene determinado por las condiciones climáticas, resulta obvio que las cazas se emparejan antes en las zonas manchegas y extremeñas que, digamos, en la Maragatería leonesa o en el páramo de la Lorá, en Burgos. No obstante, en la Maragatería y la Lorá se clausuró la temporada el día previsto mientras en la zona sur se prorrogó por la importante razón de que unos cuantos señores de Madrid se habían quedado con ganas de dar gusto al dedo. Una vez más, la ley del embudo prevalecía sobre la Ley de Caza que, vieja y todo, aún sigue vigente, siquiera la semana pasada haya ido a las Cortes un nuevo proyecto que, poco a poco y de pasada, iremos comentando en estas páginas.

Pues bien, como antes decía, la apertura de esta temporada ha traído consigo otra sorpresa de índole semejante: el campo se ha abierto a las escopetas el 12 de octubre, excepto, que yo sepa, en dos provincias castellanás: Salamanca y Zamora. ¿Por qué? Desconozco, por el momento, las verdaderas razones que hayan aconsejado demorar la caza en estas provincias hasta el próximo noviembre e, incluso, habiéndose producido en ellas una cía normal, resulta asimismo cuestionable la licitud de esta medida. Pero lo hecho, hecho está aunque a uno le quede en los entresijos la sospecha de que lo que han pretendido con esto las provincias citadas es librar a sus pegujales del aluvión de cazadores del norte —vascos, asturianos, montañeses— que se desparraman en estas fechas como a toque de clarín por los pagos castellanos. De ordinario, estas inmigraciones masivas, duran

lo que el buen tiempo y ceden en proporción notable con las primeras heladas. Si el prelude de los grandes frios meseteros lo señalan en el calendario las festividades de Todos los Santos y las Animas, resulta palpable que aplazando la apertura de la caza hasta esas fechas nos libraremos en buena medida de los autocares cinegéticos norteños. La decisión, si mi razonamiento es válido, puede ser oportuna, pero no deja de ser injusta por tres razones: Primera, si el norteño se afloja el bolso por un papel que le autoriza a soltar perdigonadas por todo el territorio nacional, no parece congruente que después de hacerlo se le pongan trabas. Segunda, la prolongación del candado en un par de provincias incrementará la invasión de las restantes y consecuentemente lo que aquéllas ganen será a costa de las demás. Y, tercera y última, de seguir con tales criterios, llegará un día en que la provincia más conservadora, cinegéticamente hablando, no abrirá sus puertas hasta pasadas las Navidades. He aquí un punto a considerar en la nueva ley: el carácter nacional, regional o provincial de las aperturas y cierres de vedas y su aplicación a rajatabla una vez determinado este extremo a no ser en casos de calamidad venatoria evidente.

Bueno, el caso es que se abrió la veda de la caza menor y salvo en zonas muy concretas y en lo atañero a la perdiz, los resultados fueron decepcionantes después de los pronósticos favorables que uno había escuchado en las zonas más dispares: —Codorniz, poca, pero la perdiz vaya si ha criado bien.

Yo añucia mis reservas, basándome en la escasez de polladas que este año había visto por las carreteras, argumento elemental si se quiere, ya que la perdiz asoma cada vez menos al asfalto debido a la proliferación de automóviles, pero, con eso y con todo, este verano el eclipse fue casi total. Y me ha bastado una jornada para confirmar mis temores. La perdiz decae a ojos vistas. La perdiz, en amplias zonas, si Dios y la nueva ley no lo remedian, terminará extinguiéndose. Un dato: mi cuadrilla y yo abrimos la temporada en el mismo punto que el año anterior: las Gordillas, un cazadero apañado, surcado por el río Voltoya, a caballo entre Avila y Valladolid. Pues bien, aunque no se trata ni mucho menos de un cazadero de perdiz prestigiado, la temporada pasada abatimos un total de 31 pájaros entre dos manos de cuatro escopetas cada una. Este año las escopetas fuimos asimismo ocho, pero los pájaros cobrados no pasaron de cinco. Podría alegarse que no tuvimos nuestro día, pero si yo les digo que no disparé más que a una perdiz en toda la jornada la cosa se pone más seria. El problema evidentemente, por muchas vueltas que se le dé, es grave; yo diría, gravísimo. Pero lo he dicho ya tantas veces que me duele la lengua de tanto decirlo. Y ¿qué he conseguido? Nada o, a lo sumo, que me salgan por peteneras con que nunca hubo en España tanta perdiz como ahora. Y lo cierto es que si nos ceñimos a los grandes acotados del sur, bien

entablillados, bien encorsetados por mojonos, bien custodiados por ejércitos de a caballo, la afirmación es incuestionable: parte del país es un inmenso gallinero de perdices. Pero estos gallineros sirven para acallar la afición de unos pocos, lo que equivale a decir que también en la cinegética se produce el fenómeno de las dos Españas. Y no hablo, al decir esto, de terrenos acotados y terrenos libres —acotados siempre ha de haber si queremos caza— sino de zonas rigidamente guardadas, con repoblaciones frecuentes y atenciones minuciosas, y otras zonas —acotadas o libres, tanto da— dejadas de la mano de Dios, donde día a día la naturaleza pierde naturalidad, ahogadas por los insecticidas, desprovistas de lindazos, en las que los perdidos y montes de encina se transforman en roturos y la actividad de los furtivos se celebra como una manifestación más del pintoresquismo de la España «diferente» en lugar de perseguirse como una actividad delictiva. No nos engañemos: de Madrid para arriba, la perdiz se nos va; se acaba. De Madrid para abajo, la patirroja se multiplica. ¿Por qué razón? Porque de Madrid para abajo caza Madrid, cazan los notables de Madrid, y de Madrid para arriba, no. En fin, no me gusta ser reiterativo, pero camino del cazadero el pasado domingo, tropecé con dos coches recorriendo pausadamente los caminos, las ventanillas erizadas de escopetas. Esto a pleno día. Las noches son de los tractores que baten impunemente las liebres y conejos de lo libre y los pequeños cotos con guardería insuficiente. Mi amigo Zorita, catedrático de León, me expresaba su asombro el pasado mes de abril por el hecho de haber sorprendido en la Mudarra, pueblecito cercano a Medina de Ribeseca, al conductor de un Seiscientos haciendo fuego sobre una pareja de perdices con un rifle del 22. Otro amigo —este de Zamora— fue obsequiado este verano con una pareja de perdices vivas que uno de sus renteros atrapó en el nido. Y ¿qué decir de los destrozos ocasionados a otras especies en la quincena de codorniz? Yo mismo he tenido que sujetar este año a un muchacho en la zona de La Seca y Valdestillas para evitar que se fuese tras un bando de perdices. Ni mi irritación, ni mis palabras gruesas le frenaron, diez minutos más tarde, para disparar a mansalva sobre una liebre. A mis reconvencciones, saltó:

—Yo, si salgo al campo, salgo a todo.

—Pues no salgas, mira.

—Ya, y si me quedo en casa se las meriendan otros que a lo mejor ni son del pueblo.

En fin, este es el panorama. De esta manera nada puede sorprender a nuestra decepción en el primer día de la temporada que, por otra parte, tuvo sus compensaciones: la primera liebre de mi hijo Juan y la ginetá que atrapó en un cepo el señor Praxedes, un bellissimo ejemplar que pendía, oreándose, de la rama de un algarrobo.

Miguel Delibes

CON LA ESCOPETA AL HOMBRO

MD

EL AGUARDO DE TORCACES

La segunda quincena de octubre y los primeros días de noviembre deparan al aficionado a la escopeta en Castilla una caza, de ordinario pingüe, entretenida y que exige un mínimo esfuerzo; me estoy refiriendo al acecho de la paloma torcaz. La paloma torcaz emigra en estos días hacia las tierras del sur y su paso por "entre" los Pirineos —que no, sobre— da origen a esas famosas cazatas a la espera en tierras navarras y guipuzcoanas, sirviéndose de escopeta o bien con redes cuando la bruma se espesa y se cierne sobre los montes, de las que todos hemos oído hablar. Las perchas de Echalar y otros pasos semejantes, son muy desiguales, aunque puede afirmarse, sin ningún género de dudas, que, si entra paloma, el festival pirotécnico que se organiza no tiene igual en ninguna época, ni en ningún lugar de la península.

Pues bien, esta viajera, una vez salvada la cordillera, no se dispersa, prosigue su ruta, imperturbable a las asechanzas, en bandos nutridísimos, en ocasiones por encima de los diez mil individuos. Es decir, constituyen auténticas nubes que, de proponérselo, nublarían el sol. Las etapas de su viaje vienen señaladas por las manchas de encina, mata y árbol que le prestan cobijo para el descanso, y alimento —la bellota— en abundancia. Esto no significa que la paloma asiente mientras haya fruto en estos encinares, supuesto que su punto de destino es remoto, pero sí que durante varios días consecutivos, una vez que la emigración se inicia, oleadas sucesivas de palomas darán oportunidad al cazador para foguear en forma. La pasa dura poco tiempo y es preciso aprovechar el momento ya que cualquier demora en este lance puede dar al traste con las más fundadas esperanzas. (En la provincia de Segovia, un gobernador consciente ha dispuesto que durante la presente temporada la prohibición de disparar un tiro fuera de jueves y domingos no reza para las torcaces durante la segunda quincena de octubre).

De modo y manera que la primera condición para poder practicar esta modalidad de caza estriba en que pase paloma y, la segunda, en que la paloma baje. Este año,

pongamos por caso, la paloma dobla poco al divisar los montes de encina de Castilla, principalmente en Avila y Segovia, provincias tradicionalmente querenciosas. El año pasado, en cambio, la entrada fue excepcional. Naturalmente, en todo esto de la escasez y la abundancia juega un papel misterioso —al menos para nosotros— la meteorología pero, esto aparte, existen otras razones que el buen cazador debe investigar. El pasado jueves, por ejemplo, cobré en tierras de Avila, cazando en mano, tres palomas torcaces. Como la escasez me traía intrigado dada la espléndida cosecha de bellota, dediqué unos minutos a examinar los buches de las aves. Debo anticipar que, por regla general, la paloma torcaz es de una glotonería inimaginable. En otras ocasiones he tenido la paciencia de contar las bellotas de buen tamaño que son capaces de almacenar en el buche y las marcas más lucidas me han dado 41 y 36 frutos, cifras de por sí suficientemente elocuentes. Pues bien, en el examen practicado por mí el otro día, solamente una de las tres torcaces tenía una bellota en el buche, el resto del almacén lo constituían vicias, cebada y otras semillas inidentificables. Tamaño descubrimiento me llevó a echar un párrafo con los indígenas. Resultado: el agosto húmedo y frío que hemos padecido ha retrasado la sazón de la bellota y, en consecuencia, los ingentes bandos de palomas sobrevuelan Castilla y van a tomar tierra a Extremadura o Andalucía, esto es, allí donde la bellota ha madurado ya. La razón por la que la torcaz conoce de antemano que su comida predilecta no ha sazonado en Castilla, nos es desconocida. Es decir, habrá que pensar en una comunicación especial que como el biólogo Konrad Lorenz ha demostrado, existe entre otras especies.

El caso es que la torcaz se ha movido y se mueve poco esta temporada en los encinares castellanos. Y si la torcaz no divaga sobre los encinares a pleno día es inútil aguardarla en los crepúsculos. Porque este aguardo tiene sobre la generalidad de los aguardos una particularidad: salvo en los que utilizan —que en Castilla son contados— el cimbel, la espera de torcaz

en otoño se realiza a cuerpo limpio, con lo puesto, escogiendo la encina que más nos acomode, sin incitar —para atraerlas— ninguna de sus necesidades o de sus instintos (sed, hambre, amor, etc.), vil añagaza que suele ser común a todas las cazas a la espera. Aquí, como digo, no. Simplemente se inmoviliza uno, de mañana o al atardecer, allí donde barrunta que la paloma ha de moverse. Como norma cabe pensar que la torcaz irá a alojarse a los árboles más grandes o a aquellos otros que, sin ser más viejos o más frondosos que otros, se yergan en los altillos de la finca: cabezos, cuetos, cotarros. (Cosa diferente es la caza en terreno conocido, supuesto que las querencias de un año suelen ser las querencias de los demás). Mas, para apostarse, no hay reglas y las previsiones, cuando son varios los puestos, suelen fallar. De manera que el cazador, con una indumentaria que facilite el mimetismo con el mobiliario del campo, no tiene más que elegir árbol y echarle paciencia al asunto, en la seguridad de que si hay paloma bajará. Y si no baja, lo más aconsejable es ponerle buena cara a la adversidad recordando con cuanta frecuencia en lides cinegéticas se da la vuelta al refrán de "días de mucho, visperas de nada".

He insistido antes en la conveniencia del camuflaje por la sencilla razón de que esta original y típica cazata al aguardo es, en rigor, una competencia de vistas: el ojo de la paloma contra el ojo del cazador. La torcaz posee una mirada larga y afilada, y si uno acude a la cita con una camisa blanca ya puede esperar sentado. La ocultación debe cuidarse por tanto más aún que la elección de puesto. De nada vale atar escrupulosamente todos los cabos si uno no se oculta o su vestimenta no es discreta. Y como quiera que la renuencia de la torcaz es proverbial y su recelo mayúsculo, y como quiera, asimismo, que estas aves suelen divagar en bandos muy espesos —lo que no ve una lo ve otra— no conviene armar un tolo en lo limpio, entre encina y encina, porque inevitablemente se herirá su suspicacia. Lo más congruente, pues, será integrarse en un carrasco de cierta entidad o

colocarse contra el tronco de una encina poderosa. Tanto en un caso como en otro —más en el segundo— las dificultades para descubrir la torcaz a tiempo son grandes, y acrecen a la hora de tomarle los puntos a un blanco en fuga, que va eclipsándose de árbol en árbol, con lo que el cálculo de velocidad, distancia y adelantamiento de tiro, exigen buena vista, nervios bien templados y reflejos sensibles. Mis amigos del Club Alcyon las bajan muy diestramente. Yo he de reconocer que a estos bichos no les he cogido el tranquillo y aún debo confesar que hubo un tiempo —y no hace mucho— que llegué a pensar —y no eran inmortales ya que con frecuencia las he visto encajar el tiro con una indiferencia desconcertante. La torcaz es dura y conviene usar con ella un cartucho fuerte si no queremos provocar un "strip-tease" espectacular —la rociada de plumas que queda flotando en el aire— sin el menor resultado práctico. Con eso y con todo, el palomero conspicuo, en años de pasa normal, suele armar unas perchas sumamente apetitosas. Por otro lado, la torcaz nueva constituye un plato suculento sin más que un poquito de mano y una renuncia generosa a las conquistas de la técnica (en este caso, la olla-expres). Por lo demás, su guiso no ofrece dificultades: las palomas enteras se rehogan en una sartén con mitad de aceite y mitad de manteca. Seguidamente se trasladan a un puchero donde se deposita asimismo la grasa sobrante en la que se han frito unas grandes rodajas de cebolla. A esto se añade unos dientes de ajo, unos granos de sal, unas gotas de vinagre y unas hojitas de perejil y sobre ello se vuelca el caldo, o, en su defecto (grave defecto), agua. Una vez todo en el puchero, se cierra éste con un trozo de papel de estraza sobre el que se coloca un plato con agua. La salsa, naturalmente, se pasa por el colador. La torcaz —si no es vieja— tiene unas carnes oscuras y apretadas pero tiernas y jugosas (su pechuga no es impermeable como la de la perdiz) y su gusto a bravo es moderado. Un plato, en suma, que vale la pena probarlo.

Miguel Delibes

LA BRAVA CAZA EN LADERA

Allá por los años cuarenta, en la época de la cartilla de racionamiento, cuando una buena percha o un pesado morral constituían un alivio de la rígida escasez, yo tenía aún las recias piernas y los resistentes pulmones de los veinte años y mi caza favorita era entonces, como corresponde, la caza de la perdiz en ladera. Posteriormente, las piernas del cazador se fueron aburguesando y los bofes encogiéndose, de tal modo que, sin renegar de la caza en mano —eso, nunca— hubo de reducir ésta a los montes de encina o la fusca de las choperas, terrenos de escasos plegamientos, donde piernas y pulmones marchan menos revolucionados. Uno, sin embargo, evoca siempre con nostalgia aquellas bravas cazatas en las inhóspitas laderas del valle de Esgueva, apenas abrigadas por cuatro tomillos raquíticos, unos majanos en la línea alta y una franja de cardos y espinos en las faldas. Entonces —como digo, los años cuarenta— era el tiempo de los automóviles con gasógeno, y además escasos, de forma y manera que para desplazarse uno al cazadero había de utilizar la tercerola de cualquier mixto —de esos que paran diez minutos en cada apeadero— o bien “la burra”, al estilo heroico de Lorenzo, el protagonista de mi “Diario de un cazador”. Esto ya presupone que en aquellos tiempos, tan próximos y tan lejanos, los cazadores eran menos que hoy y el que se ponía al oficio no era precisamente un alfenique o un aficionado a los fuegos artificiales, sino que el calificativo que mejor le cuadraba era el de esforzado. Hoy existen modalidades de caza que no exigen ni dar un paso, lo que ha fomentado la proliferación asfixiante de tiradores y matadores aunque no ciertamente/cazadores.

Bien, pues hace unos días, uno tuvo el gusto de someter a prueba sus músculos, sus válvulas y sus pulmones y, aprovechando una mañana soleada, se lanzó a las laderas en compañía de José Luis Montes, su hermano Manolo y su hijo Germán. Fue esta cazata una evocación muy vívida y tonificante de mejores días (desde el punto de vista físico) y al propio tiempo la constatación de un hecho incuestionable: la caza de perdiz en ladera es la caza fetén, la caza arriscada y ruda, la caza auténticamente competitiva: piernas contra alas, bofes contra bofes, astucia contra difidencia. De otro lado, el programa —para mí, insólito desde hace años— sirvió para demostrarme que la maquinaria aún me responde y que concediéndome el privilegio de marcar el ritmo aún está uno para/trotos. Tal comprobación siempre resulta alentadora, máxime si en el balance final uno se encuentra con un saldo favorable de media docena de perdices y una liebre contra una percha record —la de mi hijo Germán, con sus veinte años elásticos e incansables— de nueve perdices y tres liebres. El cacerío, pues, resultó y la satisfacción íntima de “haber cazado perdices como hay que cazarlas”, compensa las agujetas

que me martirizan pantorrillas y muslos a la hora de pergeñar estas líneas.

¿Que qué tiene de particular la caza en ladera? Varias cosas, sin duda. En primer lugar el esfuerzo. Operar sobre el plano inclinado de una ladera castellana, generalmente de greda revestida de guijos, es ya de por sí un ejercicio de equilibrio sumamente meritorio. El cazador de esta guisa ya verifica algo plausible manteniendo la vertical, esto es conservándose de pie. Las alternativas de cárcavas y caballones, de vaguadas y repliegues, de giros a derecha e izquierda, hacen de la andadura un ejercicio forzado para piernas, cintura y pulmones, ejercicio que se endurece por los obligados desplazamientos arriba y abajo, buscando las espueñas espesas, las bandas de tomillo y espinos, los breñales donde la perdiz dispersa y cansada suele echarse a reposar. El sol arriba, que al iniciar la jornada era una dulce caricia, va convirtiéndose a medida que el día progresa en una bola de fuego que nos envuelve en sudor. La sed empieza a atormentarnos, en tanto las perdices, sorprendidas en las vaguadas o en las hazas rayanas a la ladera, vuelan briosas y largas, sin brindar ocasión al disparo. Esta situación de difícil estabilidad, de castigo corporal creciente, va a ser la tónica de la jornada. El secreto en este tipo de caza radica en no claudicar, en no dar respiro a los pájaros, a sabiendas de que nuestra fatiga es “su” fatiga y nuestra sed, “su” sed, de ahí que nuestras posibilidades de poblar la percha dependan, en primer término, de no abandonar el campo prematuramente, de insistir sobre los mismos bandos levantados de salida y, por último, de ajustar la operación a una estrategia inteligente merced a la cual nuestras previsiones acaben imponiéndose a las conocidas difidencia y bravura de la patirroja. Únicamente aceptando de entrada este espíritu de sacrificio y perseverancia y sujetando nuestros movimientos a una disciplina dúctil, corregible sobre la marcha, el éxito podrá coronar nuestros esfuerzos.

Esta disciplina a que aludo es lo que podríamos denominar táctica de la caza en ladera y es el segundo punto a considerar. La perdiz, fogueada ya desde posiciones análogas, trata de esquivar la persecución con arreglo a sus querencias, querencias que naturalmente varían con el número de cazadores, la temperatura o, simplemente, con la dirección del viento. En líneas generales, el duelo se establece sobre este plano: el cazador se obstina en que las perdices prosigan ladera adelante, mientras la perdiz instintivamente trata de rehuir este camino que sabe la conduce al matadero, bien repullándose a las nubes en vertical —así bajé una el otro día en un tiro espectacular— para volver sobre la línea de escopetas, bien arrancando larga para echarse al valle o remontarse al páramo. La cuestión —para la perdiz— estriba en orillar la línea de escopetas sin

dar ocasión a que una serie sucesiva de vuelos enerven sus defensas. Planteada así la competencia, los cazadores deben tratar de evitar esta fuga adelantando las alas, la escopeta alta cerrando el camino del páramo y la de la falda, el del valle. El plan es más sencillo de esbozar que de ejecutarlo, supuesto que la sinuosidad de las laderas castellanas fuerzan a los extremos a acelerar y frenar alternativamente, pero estos frenazos y aceleraciones deben ser intuitivamente sincronizados, ya que una vez metidos en faena y con la inmensa ladera por delante, la comunicación —de no ser a grito pelado, fórmula poco aconsejable— no es fácil. Así y todo muchas perdices se descuelgan como verdaderos reactores, ocasión que ha de aprovechar la escopeta faldera para ensayar el tiro adelantando mucho, después de tomarle los puntos al pájaro, y de esta manera, aunque problemático, algunas caen. (Precisamente uno de los recuerdos más sabrosos de mi vida de cazador es la primera perdiz que abatí a los once años, en la ladera de la Sinoba. Su velocidad era tan endiablada que una vez muerta en el aire —hecha un guiñapo— la inercia la arrastró más de cincuenta metros para ir a dar un pelotazo espléndido en los surcos de los bajos.) Mas lo normal es que la perdiz empujada en varios vuelos se vaya dispersando por la ladera, guareciéndose en morros y cabezos, en los breñales de los cárcavos, de tal modo que a la hora de la asomada debemos olvidar nuestra fatiga, asentar bien los pies en el suelo y afinar. De ordinario, tras varias horas de persecución sistemática, la perdiz no vuela ya larga, ni recia, de tal modo que, la mayor parte de las veces, es nuestra debilidad física, la agitación de nuestros pulsos y nuestra postura inestable, lo que provoca el fallo. Llegar a este punto, es decir al punto en que nuestro enervamiento es parejo al del pájaro que apetece, es llegar el momento de matar la perdiz a postura de perro (si es que éste —cosa frecuente— no está más extenuado y sediento que nosotros mismos y que las perdices). En cualquier caso, tras unas horas de volar pájaros hacia adelante y de promover la dispersión de los bandos, lo aconsejable es remitir en la andadura, abandonar la línea recta y desplazarnos por las brozas, subir y bajar, registrar breñas y peñascales, arriarnos a los cinturones de tomillos y espinos... En una palabra, es la hora de poblar la percha, de sacarle la renta a nuestro sudor. Hora que si nos sorprendiera frescos y enteros aprovecharíamos a conciencia, o sea que en estas circunstancias la mejor defensa de la perdiz la constituye nuestro propio agotamiento. Esto equivale a decir que si la deportividad reside en una confrontación noble de esfuerzos —toda alevosía eliminada— la caza de ladera es, sin discusión, la caza deportiva por excelencia.

8

CON LA ESCOPETA AL HOMBRO

CONVERSACION SOBRE LA NUEVA LEY

DESDE que la Prensa comunicó la noticia de que el proyecto de ley de Caza había pasado a las Cortes, uno se siente solicitado como un divo para que dé su opinión, como si la opinión de uno sirviera para algo o se fuera a tener en cuenta para modificar el proyecto. Pero uno, como es natural, irá manifestando su opinión a medida que venga a pelo, sin forzar las cosas y, sobre todo, no antes de haber leído, desmenuzado y estudiado aquel papel como se merece. Hasta entonces hubiera preferido no hablar y, sin embargo, me he visto obligado a hacerlo ayer, en las Gordillas, cuando a mediodía, después de manear las riberas del Voltoya, nos sentamos a comer un cacho, y dos estudiantes de ingenieros de Montes expusieron su opinión sobre la caza y la ley que debe reglamentarla. En verdad, la opinión de estos señores no me sorprendió tanto por su contenido como por venir expuesta por gentes que seguramente no han cumplido los treinta años. En estos asuntos de caza, como en todos los asuntos, los privilegiados —entre los que me considero— no aceptan ceder ni tanto así y se obstinan en nadar contra corriente, en conservarlo todo, sin querer advertir que, como ha dicho recientemente el novelista alemán Gunter Grass, la única manera eficiente y justa —cristiana— de oponerse al marxismo radica «en un alargamiento social de la pequeña democracia». Tratar de amarrarnos a viejos privilegios de casta o de dinero es atentar, no ya contra los privilegios, sino contra la misma democracia. De ahí que sin haber ojeado apenas la nueva ley, o sea el proyecto, me vi envuelto en una discusión con los aspirantes a ingenieros, cuyo argumento base arrancaba del hecho de que el jamón —la caza— es pequeño y que como somos muchos a tirar de él, el jamón —la caza— no da para tantos. Aquí se originaba la discrepancia, ya que mientras yo —el burro delante para que no se espante— opinaba que sería preciso hacer los pedacitos más chicos, ellos sostenían que el que no tenga dinero que se quede sin probar el jamón.

En primer término creo que el simil no es válido. El hambre puede matarse de muchas maneras sin recurrir al jamón. El jamón está hecho para matar un hambre de lujo, un hambre eminente, ilustre, pero hay otros alimentos más asequibles, suficientes para matar un hambre proletaria, un hambre sin pretensiones, un hambre normal. Ahora bien, el hambre cinegética es una sola hambre, lo que sucede es que para aplacarla, unos —los asiduos a ojeos de fuste— requieren unas docenas de perdices por cacerío, mientras otros, los cazadores en mano o de escopeta y perro, la satisfacemos con un par de perdices o tres por barba y por jornada. Lo que no parece equitativo es que a los cazadores de mano en lo libre se les deje sin su par de perdices para que los otros, que no parecen saciarse nunca, cobren cincuenta y dos pájaros por barba y cacería en lugar de cincuenta.

Todo esto vino a cuento porque a mí se me ocurrió decir que el veinticinco por ciento de terrenos libres era un porcentaje insuficiente, habida cuenta de que del medio millón de escopetas que pueda dar el país —y la cifra exacta

no hace ahora al caso— 450.000 no tienen, ni probablemente tendrán nunca, acceso a un acotado. Entonces, sin que la cosa sea todavía equitativa, yo sostenía —ante la necesidad de que los cotos subsistan para que la caza subsista— que partir la geografía física española por la mitad, entre acotados y libres, garantizaba por un lado la conservación de la caza y, por el otro, daba oportunidad al aficionado más modesto a salir al campo los domingos y fiestas de guardar a procurarse su morralito. Mas si se hace del país un coto gigantesco, va a suceder que la mitad de los aficionados de España se queden sin disparar un tiro o, para continuar con el simil inicial, se queden sin probar ni la corteza del jamón.

Las razones de los futuros técnicos eran muy prácticas: la compra de la caza a un término municipal por unos millones, sacrificará al dos por ciento de los habitantes de ese término municipal —los cazadores—, pero el noventa y ocho por ciento restante —los no cazadores— saldrá beneficiado, podrá arreglar la torre de la iglesia, asfaltar la carretera, poner bancos en la plaza Mayor y hasta llevar una orquesta de postín para las fiestas de septiembre. Esto es evidente, pero dentro de un sentido democrático de la vida, resulta absolutamente inhumano. Si el primordial goce que la caza proporciona es el disfrute de la libertad, crear uno por unas horas su propia suerte, eliminar de entrada la libertad de acceder a esta libertad montaraz me parece, aparte de un desatino político, un atropello social (dejando al margen que son escasos los términos municipales cuya caza pueda valer millones. En la mitad norte de la península se viene pagando alrededor de las cincuenta mil pesetas por un acotado modesto, pero que da para entretenerse, y con cincuenta mil pesetas anuales es obvio que se arreglan pocas torres de iglesias y pocas carreteras y que una conciliación cristiana de intereses debe hacer posible que el ejercicio de la caza por unos cuantos sea compatible con el bailoteo de las fiestas de septiembre aun a costa de rebajar el postín de la orquesta.

Todo, como advertirá el lector, es una cuestión de enfoque. Los técnicos razonan con el cerebro; los humanistas, en general dejan que en sus argumentaciones prevalezca el corazón. Aquellos plantean el problema en un plano frío, estrictamente económico: la caza es una riqueza nacional y debe sacarse todo el rendimiento posible, incluso arrendando términos enteros a los norteamericanos, que pagan con una moneda sólida. Estos, los humanistas, plantean la cuestión en una vertiente social: la caza no sólo es dinero; es esparcimiento para un elevadísimo porcentaje de españoles modestos y, en consecuencia, debe renunciarse hasta a los dólares si los dólares impiden el desfogamiento —y nunca mejor dicho— de medio millón de compatriotas. Por supuesto, yo me alinee entre estos últimos, y ni la sociedad de consumo me convencerá de otra cosa de que el dinero no es sino un valor adjetivo al lado del hombre. La profesionalización del fútbol, salida de madre, no me llevaría a aplaudir —aunque ello supusiera la adquisición de los mejores rema-

tadores del mundo— la construcción de un estadio donde el setenta y cinco por ciento de las localidades fuesen para adinerados y el veinticinco restante para ganapanes, de no ser el día —que todavía no se vislumbra, al menos en nuestro país— en que el setenta y cinco por ciento de ciudadanos tengan acceso a lo superfluo. Esto, a mi entender, no tiene vuelta de hoja.

En consecuencia, para mí, todo español que obtenga la licencia de caza debe disponer de un campo suficiente donde matar el gusanillo. Que luego haya más caza o menos caza es otro cantar, mas de entrada, el español que dentro de la ley quiera lanzarse a campo a matar una perdiz —a intentarlo— debe poder hacerlo, y con el veinticinco por ciento libre es obvio que tal posibilidad resulta cuestionable. Ante esta pretensión mía, uno de los técnicos demarró y saltó con un argumento desgraciado:

—También yo puedo querer matar un cura y tengo que quedarme con las ganas.

La discusión rebasaba, evidentemente, el tema cinegético y como, por otra parte, el desconocimiento del proyecto me ataba de pies y manos, hube de recurrir al único artículo que he leído con detenimiento porque en su día, cuando el proyecto era más niño, es decir, todavía no había pasado de anteproyecto, le combatí con todas mis fuerzas. Me refiero a los artículos 43 y 44 sobre delitos y faltas de caza. Aquí, en los apartados b) y a), respectivamente, puede observarse que la presunta ley, antepone a la defensa de la caza la defensa de la propiedad privada; antepone los faisanes o los venados de don Fulano de Tal a las perdices y conejos de todos los españoles; esto es, protege con más firmeza la caza de uno que la caza de todos. Así si dar media vuelta a la tablilla de un acotado puede costarle al bromista la friolera de un arresto mayor y 50.000 pesetas de multa arrasar desde un coche o mediante una mano de tractores las perdices de un término municipal, puede representarle al responsable un dispendio de 250 pesetas, con lo que la caza mecanizada, si la perdiz va a 85 pesetas en el mercado, puede llegar a convertirse en una actividad sumamente lucrativa. Evidentemente si dar media vuelta a una tablilla constituye un delito —con toda su cohorte de antecedentes penales y demás— y matar las perdices de lo libre desde un coche no es más que una falta, hay derecho a pensar, pese a lo que la ley dice en su exposición de motivos, que en su redacción han pesado más de la cuenta reminiscencias de viejos privilegios. La defensa de lo de todos debe, al menos, estar a la altura de la defensa de lo de uno.

Y dicho esto y en vista de que caía la tarde, los técnicos y el que suscribe, agarraron las escopetas y se fueron a dar una mano al Cerro Castillo y, el que suscribe, sin querer, puesto que aún no está muy impuesto en cuestiones de límites, se saltó el lindero de lo del conde y anduvo media hora perdido en el mohedal, tiro aquí, tiro allá. Afortunadamente la guardería no hizo acto de presencia ni había entrado aún en vigor la nueva ley.

Miguel Delibes

DEPORTIVAS

CON LA ESCOPETA AL HOMBRO

MD

LA NUEVA PERDIZ

La mecanización del campo y la proliferación de escopetas vienen invitándonos a una reconsideración de los hábitos y resistencia de la perdiz y, si se me apura un poco, hasta de sus cualidades gastronómicas.

He conocido y conozco trotacampes que en la época dorada de su juventud atrapaban perdices a la carrera en pleno invierno. Ahí tienen ustedes, para que no atribuyan mi aserto a imaginación, a Segundo Baraja y José Luis Montes. El primero hacía apuestas considerables, apuestas que siempre ganaba, puesto que al cuarto de hora de establecidas regresaba con una perdiz viva en el regazo. Su técnica era primitiva: correr sin perder de vista al pájaro.

—Eso es muy difícil. Segundo.

—Cómo va a ser difícil si entonces mis piernas eran tan fuertes que yo corría debajo de él.

Y, en verdad, Segundo Baraja asomaba tan pronto en la cotarra de aquí como en el morro de allá. Una dilatada experiencia le llevaba a intuir el carrasco donde el pájaro se alojaba; lo demás era fácil. Segundo Baraja (unas piernas y un fuelle que, debidamente orientados, podrían haber dado mucha gloria al desfibrado atletismo español) se acaricia la barbilla con nostalgia cada vez que recuerda sus proezas.

El procedimiento de José Luis Montes, si más científico, resultaba menos esforzado. Montes requería calor para sus demostraciones. Su secreto era el de los buenos toreros: templar y mandar. Las perdices que Montes atrapaba no llegaban a levantar del suelo: las hacía apeonar y apeonar, siguiéndolas de lejos y caminando en zigzag, entre los surcos, los sarmientos y los terrones hasta que las veía abrir la boca y jadear como perros. Este era el momento. Cuando Montes echaba a correr, la perdiz, exhausta, entreabría las alas, pero no llegaba a volar; sencillamente no podía.

—Más de doscientas perdices habré agarrado así de chico.

Cuando José Luis Montes era chico, doscientas perdices no suponían aún una quiebra importante para la riqueza cinegética mesetera. Entonces había pájaros en lo libre para las escopetas y los trotacampes. Hoy apenas se hay para unos ni para otros, pero, por otro lado, la perdiz que queda en lo libre se ha robustecido de tal modo que en la actualidad no conozco un solo arrapiezo en todos los pueblos que frecuento que sea capaz de atrapar —de no ser un pollo con la canícula de agosto— una perdiz a la carrera. La era de los electrodomésticos, afortunadamente, ablanda al hombre y endurece a la perdiz. Hoy no hay muchachos capaces de correr un par de kilómetros tras un pájaro, y aunque los hubiera, su pechada les serviría de bien poco.

Quiero decir con esto que hoy día la perdiz no se entrega así como así. La perdiz mesetera vuela y vuelve a volar hasta ocho y diez veces seguidas. Aquello de tres vueltas a la percha es un recuerdo, pese a que todavía quedan ingenios que se lo creen a pies juntillas. Después de tres vueltas en un día de sol, no diré que la perdiz esté entera, pero sí que aún le quedan arrostros para dar esquinazo al más pintado. La perdiz actual —hablo de los terrenos abiertos a todo quisque— es un pájaro preparado para una porfía que se inicia desde el momento que se despega del cascarón. (Hace dos veranos, en el camino que accede al páramo de Masa desde Sedano, fui testigo de la persecución de un bando —por parte de dos obreros de la carretera—, cuyos pollos

no abultaban lo que gorriones. Los polluelos dieron dos breves vuelos por la ladera y a la postre se refugiaron entre los brezos y las allagas, con un sentido de conservación tan inteligente, que aunque sus perseguidores registraron mato por mato no fueron capaces de hallarlos.) Naturalmente esta sañuda persecución opera, de inmediato, una selección casi espartana. La perdiz enferma o débil cae a las primeras de cambio, mientras la perdiz fuerte o normalmente constituida se desarrollará y hará los posibles por llegar a vieja. La patirroja —como la liebre ante los faros de un coche, como la avutarda ante un carro— intuye que las reglas del juego han cambiado y se adapta a las nuevas con prodigiosa rapidez. de tal modo que aquellas alitas desproporcionadas al peso de su cuerpo, que parecían resumirse año tras año como dos apéndices inútiles, van cobrando fuerza y consistencia por la sencilla razón de que en nuestro tiempo, con un campo mecanizado y hostil, la perdiz empieza a volar desde que nace y ha de recurrir a este extremo con mayor frecuencia de lo que quisiera. Este hecho ha transformado a un pájaro andarín y más bien pando y reposado, en un volátil nervioso y siempre en guardia. Las numerosas cuadrillas que los días de fiesta baten la meseta no dejan perdiz por levantar. La patirroja, pues, está siempre en danza; no para quieta; su entrenamiento es constante y, consecuentemente su resistencia y fuerza son cada día mayores.

Este hecho, que nadie pondrá en duda, ha traído dos consecuencias inmediatas y de muy diverso signo: el abandono progresivo del perro como compañero de andanzas cinegéticas y la baja calidad de la perdiz mesetera en la cazuela.

Respecto al primer punto, debo reconocer que yo todavía no he renunciado al perro, pero más que por lo que representa como indicador, por su ayuda para cobrar las alcortas y porque, de entrada, verle trastear entre las pajas, observar su actitud y sus miradas inteligentes, me deparan ya de por sí un entretenimiento. Ello no es obstáculo para que día a día compruebe su casi inutilidad en la caza de la perdiz a salto. Mi perrita «Dina», por ejemplo, una setter en plena madurez, no tiene igual para cazar codornices. No es temperamental ni demasiado reposada. Ha terminado, además, por ser obediente. Entonces, entre dos escopetas, con un rastrojo por delante, da de sí todo lo que pueda dar un perro. El morro en el suelo, a una distancia discreta, olfatea obstinadamente el pasillo entre los dos cazadores. Sus muestras, si es caso, pecan de voluptuosas, de exceso de recreo, de ingenuidad, de manera que en los pajonales espesos en días frescos la codorniz se la corre. Mas en estos casos no hay más que esperar y darle cuerda. Tarde o temprano concluirá por levantar el pájaro. Y en el momento supremo participa de la euforia o del mal humor del cazador. Mas si el pájaro cae, allí estará «Dina», buscándole bajo el haz o la morena, tomándole luego delicadamente entre sus mandíbulas y acarreándole —el rabo como un péndulo—, sin machucarlo, intacto, hasta la mano del matador. Pues bien, esta perrita, así que se le inicia la temporada de perdiz, se desconcierta, esto es, legada la ocasión, hace la muestra —una muestra pétrea, fija, de fotografía— mas a poco comienza a mover el rabo, avanza encucillada cincuenta metros y torna a ponerse. Así le trae a uno en jaque durante doscientos o trescientos metros y, a la postre,

muchas veces sin que ella se entere, la perdiz vuela lejos, al borde del monte o de la ladera, fuera de tiro. El animalito —la perra— no sabe qué hacer de su nariz. Cuando se pone de muestra, le mira al cazador de soslayo, como diciendo: «Prepárate, aquí está», mas cuando observa que no, que no está, y que esta decepción se repite una y otra vez, hasta diez o veinte, le asalta la desconfianza y termina por no saber dónde tiene la nariz derecha.

Este caso, que he comentado con otros cazadores, es hoy bastante frecuente por estas tierras. Se argüirá que perro que no sabe parar a la perdiz no es perro perseguidor. Pero el problema, pienso yo, no es problema de perro, sino sencillamente problema de perdiz. No es la incompetencia del can, sino la creciente nerviosidad del pájaro lo que va dando al traste con el más hermoso método de caza conocido. Y no voy a negar que alguna perdiz todavía aguanta la postura del perro —particularmente en la caza en ladera—, pero ésta, a buen seguro, será una perdiz enervada por un exceso de vuelos, enfermedad o una perdigonada antigua. Ocurriré también, en días soleados, que la perdiz concluye por amonarse en los chaparros o los linderos, pero a estas alturas el perro está más fatigado que ella, su nariz es de estopa —su afición ha cedido a los embates del calor y de la sed. Este hecho, que tendrá excepciones, no lo dudo, pero que marca una tendencia cada día más ostensible, está provocando en Castilla una acelerada postergación del perro en la caza de perdiz a salto.

En cuanto al segundo punto, y aun a riesgo de herir la susceptibilidad culinaria de algunos, debo decir que, a mi entender, la perdiz en el plato es un ave que está viviendo de las rentas. El desenlace de los cuentos que escuchábamos de niños solía engrasarse con un «y fueron felices y comieron perdices»... estableciendo una relación inmediata entre la ingestión de perdices y la felicidad. Otro tanto podríamos decir de nuestro refranero. Mas esta nueva perdiz, alumbrada por una nueva sociedad y una nueva cinegética, debe a su vez alumbrar un nuevo refranero gastronómico menos optimista que el actual. A través de muchos rodeos quiero ir a parar a que la perdiz —en el plato— no es lo que era. La perdiz nacida del sobresalto y el ejercicio —esto es, la perdiz de los terrenos no acotados—, al eliminar las grasas, se ha convertido en un pájaro fuertemente musculado, a menudo duro y, con frecuencia, bastante insípido. No se trata ya de la pechuga estoposa e impenetrable, sino de los muslos, hasta ayer una delicia para el paladar correosos y secos. Esto no reza con los pollitos de poco tiempo, pero los pollitos de poco tiempo desaparecen en cuatro días. Y nada digamos del hermoso macho con espolones, el macho viejo, que aguanta más horas de cocción que vuelos en el monte. Sin duda estoy tratando de destruir un mito culinario secular y sé que no faltarán voces de oposición, que yo respeto, pero después de cuarenta años de experiencia gastronómica al respecto, nadie me sacará de mis trece: la perdiz mesetera, al perder sus hábitos tranquilos y sedentarios, ha perdido las mantecas y la golosa flacidez de sus músculos, y con las grasas y la flacidez de sus músculos ha perdido la prioridad que con toda justicia le atribuyeron de antiguo los buenos «gourmands» y los más sabios maestros de cocina.

Miguel Delibes

CON LA ESCOPETA AL HOMBRO

MD

10

TEORIA DEL GANCHITO

LA decisión, creo que todavía no general, de reducir los días de caza a dos semanales —jueves y domingos, aparte festivos— ha recortado considerablemente la temporada y supone, en principio, una grave cortapisa para lo que el buen cazador más estima: la libertad. En rigor, desde el hombre de la Edad de Piedra a nuestros días la cinegética se sostiene a base de cortapisas. Si los cazadores van en aumento, los canes son más diestros, los campos más domesticados, las siembras más extensas y la armas más eficaces resulta obvio que sin trabas que la dificulten cada día, a la caza se la llevaría la trampa en poco tiempo. De esta manera cazar constituye una carrera de obstáculos que se inicia bastante antes de que el cazador se decida a salir al campo.

No necesito decir que yo, instintivamente, estoy contra esta limitación de días hábiles, contra esta especie de método Ogino venatorio, pero comprendo su necesidad; me hago cargo de que sopas, caldo y sorber, no puede ser. De este modo, uno ha de cazar no cuando quiere sino cuando le dejan y para salir al monte ya no rige aquello de la llamada del campo —que un buen día tiraba irresistiblemente del cazador— sino que el cazador ha de resignarse a que sea la ley en lugar del campo quien le convoque. En estas circunstancias, una vez abierta la temporada, el cazador se decide a no perder ripio, pero si el ejercicio venatorio predilecto es la caza a salto y uno no dispone de unas piernas y unos pulmones de repuesto, ha de ingeniárselas para no desperdiciar jornada así vengan —como ha ocurrido este año en la festividad de la Inmaculada, lunes— dos consecutivas. Ante esto, las facultades físicas reclaman la claudicación, mas el fervor cinegético rara vez transige:

—Damos unos ganchitos y lo comido por lo servido.

El gancho es un método de caza impuro que, de entrada, detesto. Pero a la fuerza ahorcan, como diría el otro. Y si en el ganchito unos patean el campo mientras otros aguardan, a la postre viene a resultar que uno ha movido las tabas exactamente la

mitad de lo que le es habitual y, en consecuencia, dos jornadas seguidas a base de ganchitos suman lo que una sola jornada de caza en mano.

—Pero ¿tanto anda un cazador al cabo del día?

Mi hermano Manolo, metido en estos asuntos del automovillismo, lleva años tratando de inventar un cuentakilómetros humano que colocado a la espalda del cazador nos dé exactamente los kilómetros, hectómetros, decámetros y metros que uno ha recorrido en una jornada de caza. Mas hasta que su invento se perfeccione, no cabe otro recurso que el cálculo. Y si la cuadrilla de uno anda en el campo sobre las nueve de la mañana y no se retira antes de las seis de la tarde, resulta, si descontamos una hora para comer, que se ha metido entre pecho y espalda una caminata de ocho horas. La jornada de trabajo no es manca, especialmente si consideramos que se lleva a cabo en un día de descanso. El promedio de un andarín a paso normal suele calcularse en cuatro kilómetros a la hora, lo que haría un total de 32 kilómetros al día. Es evidente que el buen perdicero, el joven perdicero de elásticas pantorrillas y bofes a prueba de bomba, rebasa con holgura esta marca, pero los que desgraciadamente hemos dejado ya la juventud atrás, es probable que no la alcancemos. Por otro lado, uno descubre con la edad que no caza más quien más anda, sino quien lo anda con más cabeza. Las triquiñuelas de la liebre, por ejemplo, son conocidas de cualquier mediano venador. La rabona busca su salvación levantando larga o amonándose. Diría igual del conejo encamado. El gazapete suele ser muy remiso y rara vez se arranca si uno no pisa el carrasco donde yace. Y ¿qué decir de la perdiz físicamente débil una vez desperdigada, volada y revolada? Cierito, como ya he dicho, que a la perdiz normal no le bastan dos vuelos como aseguraban nuestros padres y abuelos para entregarse, pero sean dos o dos docenas, lo cierto es que la perdiz fatigada y aislada del bando, si encuentra broza donde ocultarse, aguanta tenazmente y uno puede pasar a su lado sin levantarla. Y no importa que sean pocas puesto que de estas pocas se hace la percha)

Total, que en la pluma movida y en el pelo encamado, conviene andar con cautela si queremos rebañar bien el monte. Vale más correr veinte kilómetros, registrando chaparros y breñas, pateando espaldas y pajonales, que cuarenta a tontas y a locas. Tal vez sea éste el consuelo del cazador en mano cuyas articulaciones empiezan a enmohecerse, pero, en todo caso, uno prefiere al andar mucho el andar bien. Así las cosas, la jornada del que suscribe puede depararle un paseo de 25 kilómetros por mal piso, cifra resistible si dispone de un par de días para digerirlo. Pero ¿y si no cuenta con esa pausa?

—Damos unos ganchitos y lo comido por lo servido.

Y aunque uno detesta este procedimiento, cada vez que coinciden dos fechas consecutivas de caza, suele agarrarse a él. Tal aconteció el pasado domingo, día 7, seguido de la festividad de la Purísima y tal aconteció el pasado noviembre con la festividad de Todos los Santos. En ninguno de los dos casos, los resultados fueron alentadores, no ya por la percha —que, a fin de cuentas, el botín no lo es todo en la caza— sino por la escasez de lances afortunados. Y es que el ganchito carece de sentido y de eficacia de no ser en corto y a perdiz vista. Se trata de un procedimiento híbrido, insípido y sin definir como todo aquello que no es carne ni pescado. En teoría, el gancho es un ojeo modesto en el que los batidores también van armados. Son pocos —dos o tres— contra pocos —dos o tres—. Pero en la práctica resulta que el gancho no es batida ni es caza en mano. El que se mueve va a lo suyo con lo que el que aguarda suele aguardar en vano. El secreto de la batida es el acoso (amplia línea de batidores que mueven mucho terreno y se va apretando con las puntas adelantadas) con lo que la perdiz o se repulla o ha de salvar la línea de escopetas. En el gancho, el acoso no se produce. Las escopetas en faena empujan pero no acosan. Son pocas y poco distanciadas entre sí. Consecuentemente la perdiz escapa por los extremos, muchas veces sin que disparen ni los que caminan ni los que esperan. A veces, sí; en ocasiones la perdiz vuela por derecho y los puestos tienen su

“chance” pero esto no es lo normal. En todo caso, lo que en la batida organizada es matemática, es puro azar en el ganchito. Dos o tres escopetas apostadas a la caída de una ladera no constituyen ninguna garantía de no ser desbordadas. El conocimiento previo de las querencias aumenta las probabilidades, mas hay que pensar que la perdiz no tiene trazado un camino en el aire y que es suficiente una desviación de cincuenta metros para dar al traste con el ganchito más meditado.

Como, por otra parte, la escopeta batidora va “cazando” no se le pueden pedir heroísmos y ante el morro tentador, la escopeta batidora (en 90 casos de ciento) cortará a la asomada en lugar de faldearle, con lo que tal vez derribe un pájaro pero, con seguridad, el resto se dispersará en todas direcciones. Y esta dispersión que sería aprovechada por una mano ordenada y tenaz puede constituir una catástrofe una vez metidos en ganchitos. En resumidas cuentas, el gancho no resuelve otro problema que el de reservar energías. Cazar, lo que se dice cazar, no lo es ni para el que anda (temeroso por si fuera poco, de disparar sobre los puestos) ni para el que aguarda, quien generalmente ve pasar las perdices fuera de tiro. De este modo, seis amigos que abiertos en mano hubiéramos conseguido en los dos días una percha de tres docenas de perdices, hubimos de conformarnos con cinco, el primer día, y siete, el segundo. Hubo, sí, una anécdota aprovechable; el enorme raposo que asomó por el borde de la ladera ante mi hermano Manolo y que dado el tono de su piel —muy oscuro por el lomo y muy claro en el vientre— confundió con el lobo, el perro del guarda, hacia quien horas antes había mostrado su prevención. Cara a cara con el bicho, a mi hermano no se le ocurrió cosa más prudente que tratar de conquistarle con zalamerías y extendiendo la mano hacia él y tabaleando los dedos, le dijo melosamente: “Ven, lobo, bonito”. El rabotazo del raposo no necesita ser descrito. Ni, por supuesto, el rebufe de mi hermano.

Miquel Delibes

111
Tomajo
Boimajo

CON LA ESCOPETA AL HOMBRO



LA JORNADA DE LAS SORPRESAS

Por MIGUEL DELIBES

Esta fue para el cazador que suscribe, la del 14 de diciembre próximo pasado. Hablando en términos futbolísticos, diría que fue ésta una jornada no de muchos goles, pero sí de muchas variantes. En contra de lo que suele creerse, la caza menor aún puede proporcionar emociones inéditas aun a los que llevamos más de seis lustros en el oficio. Esto significa que no siempre la cuantía de la percha determina en el campo los grados de diversión. La temperatura cinegética sube a impulso de los más impensables motivos. Así, en la fecha antedicha, el morral fue sin duda parvo, pero las incidencias de las capturas fueron varias y apasionantes. En la caza no hay quien «se las sepa todas»; aun al venador más conspicuo le resta siempre algo por aprender. Y es este descubrimiento paulatino de los misterios del monte y de la vida animal lo que en el último extremo nos mantiene al acecho, en un vitalicio estado de alerta, que diría el maestro Ortega.

Ya la amanecida resultó poco esperanzadora el citado día 14. Por estos páramos castellanos las brumas son frecuentes, y menos frecuentes, pese al optimismo del refranero, las tardes de paseo que deparan las mañanas de niebla. O sea que cuando en Castilla el día amanece gris, es más que probable que el día se desvanezca gris. No ocurrió así el pasado día 14, ya que la niebla levantó a mediodía para asomar el sol, un sol tímido, como enganchado en unas nubes deleznales que, no obstante, no terminaron de despejar. Pero con el sol salió el norte, un norte fino, no precisamente desmelenado, pero auténticamente congelador. El día, pues, no resultó propicio para la pluma. Se vieron pocas perdices y las pocas que se vieron, salvo media docena, no se desperdigaron y levantaron en París. Resultado: cuatro pájaros para tres escopetas

—¿Y esto es todo lo que tenía que contar?

Esta es la percha que con una hembra de azulón y un par de liebres compusieron el mezquino botín de la cuadrilla. Ahora bien, si prescindimos del número de presas, el aludido domingo fue el día más rico en avatares que hasta el momento nos ha facilitado la presente temporada. Sopesemos uno por uno los lances insólitos o pintorescos de esa jornada: la liebre de los trece tiros (esta vez la cifra de la mala suerte fue para ella), la rara astucia del azulón y la perdiz de la nariz aguileña

Creo no equivocarme si afirmo que es la primera vez que la cuadrilla precisa hacer trece disparos para acular una liebre en el morral. Y aún estoy por asegurar que, en cualquier caso, se trata de una cifra re-

cord, con la particularidad de que en tres momentos estuvimos a pique de perderla. El animal se arrancó de unas jaras —dentro de un monte de encina— cuando la cuadrilla se reunía para reorganizar la batida hasta ese momento inútil. Como es frecuente, el bicho sorprendió a mi chico desenvolviendo una tableta de chicle y con la escopeta abierta, de tal modo que cuando quiso meterse el chicle en la boca, cerrar la escopeta y disparar los dos tubos, la rabona ya había puesto entre medias sesenta o setenta metros. Mi hermano y yo, advertidos por los disparos, acertamos a verla a través, en plena fuga, y aunque la distancia era disparatada, saltamos cada uno el derecho después de atinarla bien, entre dos matas. Cuando salió de la segunda, aunque erguido, el animal renqueaba, había perdido velocidad, ocasión que aprovechamos para foguearla los dos nuevamente. Pienso ahora que estos segundos disparos no la tropezaron, siquiera al llegar al borde de lo limpio, la liebre se inmovilizó en una mata grande a doscientos metros de nosotros, a la que me llegué de una carrera. Fue una escena curiosa, ya que al observar al animal tan entregado, puse el seguro a la escopeta, me acuclillé y la eché mano, mas en el instante de rozar su piel la rabona se me escurrió y reinició la carrera escapando por la parte opuesta de la mata. Entre abandonar la maleza, enderezarme, rodear aquella y disparar —los dos cañones— se me fueron unos segundos preciosos, de tal forma que la liebre prosiguió su galopada hasta perderse de nuevo en el mohedal. Hacia allá nos fuimos los tres, registrando mata por mata, y cuando al cabo de diez minutos nos disponíamos a abandonar la búsqueda, mi hermano chilló: «Aquí está», al tiempo que disparaba y yo corría hacia él, con tiempo aún de tirar también sobre ella sin ningún resultado práctico dada la distancia. Tomamos nuevamente el rumbo de la rabona bastante desesperanzados, ya que las matas de encina, además de aumentar en número, eran por momentos más grandes y espesas. La fortuna, sin embargo, nos sonrió, ya que a cosa de trescientos metros el animal, hostigado por la perra, tuvo la mala ocurrencia de cruzar de mata a mata y emboscarse en la última, que rodeamos, para disparar yo, en última instancia, el treceavo y definitivo cartucho.

Son muchos años y muchas liebres las que tengo sobre mis costillas y por tanto es lógico que aún me esté preguntando qué clase de perdigonada llevaría el animal, puesto que lo ordinario, de no quebrarle algún hueso, es que la liebre siga corriendo hasta morir asfixiada, cosa que suele suceder entre los cincuenta y los trescientos

metros de recibido el tiro. Ahora bien, un bicho que corra sin dificultades —sí que un poco refrenado— y que se detenga y aguarde por tres veces a que el cazador se le meta encima es un caso verdaderamente insólito. La liebre, de no encajar una perdigonada mortal, o de no contar con un perro corredor que la corte a tiempo, es animal de cobro difícil. Sin embargo, ahí queda esta anécdota para quien quiera anotarla.

Lo del azulón fue, asimismo, un caso sorprendente, habida cuenta de la torpeza con que suelen defenderse estos animales una vez abatidos, aunque sea de ala. La perplejidad del cazador que me lea acrecerá al consignar que el riachuelo donde le derribé mide metro y medio de ancho —se cruza de un brinco—, y que en el sector donde cayó apenas hay una zarza y cuatro carrizos mal contados en las márgenes de la corriente. Sin duda, mi error fue azuzar a la «Dina», mi perrita, que no quiere saber nada de acuáticas aunque caigan en tierra, y que tan pronto le olisqueó volvió grupas y si te he visto no me acuerdo. Entonces, ante mis ojos confiados, el azulón pegó dos brinco, se sumergió en el agua —dos palmos de profundidad— y desapareció de mi vista. Hay teóricos que aseguran que los anátidas, al verse indefensas, suelen enredar su pico en la maleza del fondo y se dejan morir allí; se suicidan antes que permitir ser capturadas. Por esta razón mi chico cortó una rama de encina y estubo un buen rato rastreando el lecho del arroyo. Todo inútil. En tanto mi hermano y yo registrábamos asombrados las salcinas de las riberas sin mayor éxito. No hay que decir que en todo este tiempo las palabrotas y juramentos fueron de todos los calibres. Y de pronto, cuando ya nos disponíamos a abandonar la pieza, divisé al pato, pero le vi allí mismo, a un metro de donde se había zambullido, a medio de donde mi chico hurgaba con la improvisada bértiga, a un cuarto del morro de la perra.

Disimulado entre dos carrizos (el mimetismo de la hembra de azulón con los despojos vegetales del río es muy acentuado) permanecía absolutamente inmóvil, como un barco varado, los ojos listos, redondos como abalorios. Y fue después de verlo y mostrarle a la mirada incrédula de mis compañeros, cuando me di cuenta de que perder un azulón en aquel hilo de agua era algo así como perder un pavo dentro de la cazuela. Y, sin embargo, habíamos estado a un tris de perderlo, y si, a la postre, lo hallamos fue por pura chiripa.

Finalmente, el tercer episodio es algo que aún no me ha sido aclarado ni por los más acreditados ornitólogos. Aconteció al fina-

lizar la jornada, entre dos luces, al arrancarme a diez metros un gran pajarote entre la fusca de una chopera. El bicho voló con un pitido agudísimo y prolongado, un silbido de angustia, y su vuelo era acelerado, de aletazos visibles y firmes, el abanico de las timoneras muy pronunciado. Al tomarle los puntos, me pasó por la cabeza la idea de la becada y la del faisán, pero cuando le derribé, según me aproximaba a él, me iba diciendo entre bromas y veras a mí mismo: «Miguel, hijo, vas a cobrar el primer lagópodo de tu vida». Pueden imaginar mi estupor al encontrarme con una perdiz, un macho aparentemente normal y, no obstante, a mí me constaba que «aquello» no había volado como un perdiz, no había chillado como una perdiz y, por añadidura, había saltado a diez metros, en solitario, con un día helador, en que la perdiz más próxima arrancó a cincuenta metros —y eso en el monte— y a sabiendas de que en ningún momento habíamos logrado romper los bandos. Como es lógico, convoqué rápidamente a capítulo, y tras las deliberaciones y los análisis pertinentes, llegamos a la conclusión de que aquella perdiz tenía una anomalía: el pico. Su pico era aguileño y frágil, acentuadamente curvo, en contraste con el de las otras tres que pendían de nuestras perchas, corto y sólido. Tras examinarla detenidamente, observamos que, a pesar de sus dimensiones, la parte superior estaba quebrada (no desgastada). Como es lógico, durante estos días las charlas con mis amigos cazadores han girado sobre este punto y sometida la cuestión a debate aprovechando una cena homenaje en torno a Félix Rodríguez de la Fuente, Carlos Valverde —campeón de caza con perro de muestra de Castilla y León y taxidermista él— apuntó una teoría sugestiva: el pájaro podía ser un cautivo escapado de su jaula. Este hecho explicaría: a) su vuelo de paletazo torpe; b) su aislamiento; c) su particular reacción de alarma, y d) sobre todo la extraña conformación del pico, su fragilidad y, finalmente, su longitud, pues sabido es que el pico de las aves —de las que comen en el suelo— adquieren solidez y forma por exigencias de su alimentación, por su constante fricción con la tierra. Un pájaro prisionero no necesita escarbar, ni someter por tanto su apéndice a un desgaste constante que le mantiene afilado dentro unas proporciones invariables.

En resumidas cuentas, la jornada del 14 de diciembre de 1969 fue para mí un hito, uno de esos días a los que se vuelven los ojos —y los recuerdos— cuando uno, en torno al fuego, departe con otros compañeros sobre los atractivos y peculiaridades de su afición.

CON LA ESCOPETA AL HOMBRO

MD

EL DÍA DE LAS SOMBRAS BLANCAS

La desesperanza en que iba envuelto uno de mis artículos anteriores no significa que la perdiz haya dejado de ser el más vigoroso atractivo que aún ofrece el campo español al cazador a rabo. La perdiz, pese a su escasez, a su desconfianza y a la pérdida de succulencia en su tajada, continúa siendo la reina de las especies menores. O quizá fuera más cierto decir que su desconfianza y su escasez compensan, como estímulo, la merma en la exquisitez del bocado. En todo caso la perdiz sigue ganando adeptos y comoquiera que la caza de la liebre es caza complementaria (aunque es la especie que con su celo vivo y prolongado se recupera antes) y el conejo escasea pese a que, con gran esfuerzo y exasperante lentitud, va saliendo de la mixomatosis, bien podemos afirmar que el ochenta por ciento de los disparos deportivos que hoy se producen en el campo tienen por blanco la patirroja.

Ahora bien, en otro orden de cosas, la perdiz es un pájaro desconcertante. Ortega afirmaba que la liebre, de animal diurno derivó a noctívago como discreta medida de prudencia, como único medio de pervivir. Lo mismo, seguramente, aconteció con el conejo y el raposo. Bueno, pues sin que pretenda profetizar el futuro de la perdiz roja, sí puede decirse que sus costumbres se han modificado tanto por la mecanización del campo como por el cerco constante a que se ven sometidas. De esta manera, la perdiz, sin ser animal nocturno, ni siquiera crepuscular, es ave que cada día se hace menos notoria. Esta circunstancia induce a frecuentes errores a quienes nos ocupamos de temas cinegéticos, como el deslizado por mí en estas mismas páginas, al afirmar ligeramente el día de la desveda, que el año de perdiz venía malo. Ahora, después de dos salidas consecutivas, tras las primeras heladas registradas en la meseta debo rectificar en el sentido de que el campo castellano no anda mal de perdices. Entendámonos. La gráfica de la perdiz —en particular en los terrenos comunes— va acelerada e indiscutiblemente a menos, pero este descenso se produce con intermitencias, con suaves y ocasionales recuperaciones y una de éstas se ha producido este año en relación con la temporada pasada. Ocurre sencillamente lo que decía más arriba, es decir, que a la perdiz cada día le interesa menos dejarse ver, y que tratar de censar la especie en plena vendi-

mía o el primer día de la temporada es exponerse al patinazo. Con los primeros disparos y la irrupción de los vendimiadores en los majuelos, la patirroja se dispersa, busca el perdedero —como las liebres— y se eclipsa entre los terrones de los barbechos los sotos de los ríos y los maizales. De esta manera, el campo, a las primeras de cambio, produce la impresión de desierto. Mas las aguas, tarde o temprano, vuelven a su cauce y entonces, una vez que en los bacillares cesa el alboroto y los cazadores ocasionales, a quienes el hielo o la lluvia atemorizan, se quedan en casa, los bandos se congregan y todo se reconstruye y torna a la normalidad. Esto no suele suceder hasta mediados de noviembre, cuando las primeras escarchas blanquean los rastros y se alza de los campos solitarios como una cristalina aura de serenidad. Entonces es la hora de decir si la perdiz ha criado bien o ha criado mal, si el año viene flojo o viene esperanzador. Y es después de una excursión en estas condiciones a la finca de Alejandro F. Araoz, en Villanueva de Duero, a pocos kilómetros de Valladolid, cuando he regresado convencido de dos cosas: que la temporada es más bien pródiga —al menos en determinadas zonas— dentro de la escasez, y que las perdices, como las mujeres y los creadores, también tienen su día.

¿Y cuál es el día de la perdiz si puede saberse? He aquí la cuestión. Yo trataría de resumir la respuesta de un modo un tanto abrupto: el día que a las doce de la mañana las sombras son blancas; ése, con toda seguridad, es el día de la perdiz. Con esto quiero decir que el día propicio para ver perdices y para cobrarlas es el día calmo, de helada fuerte, cielo enrasado y sol centelleante en lo alto. Pese a este sol, la temperatura, allí donde sus rayos no inciden, es de hielo y la escarcha se difumina, pero no desaparece. En otras palabras, el día de la perdiz es aquel en que la nariz se quema o se hiela, según la mano marche de cara o de espaldas al sol.

En las madrugadas de estos días las perdices se aprietan unas contra otras y su plumaje se recubre de escarcha, de tal modo que, inmóviles y blancas, a cierta distancia semejan un montón de piedras. Y hasta tal punto llega el parecido que en una ocasión en Villafuente de Esgueva estuve unos diez minutos parados en el coche, discutiendo —dos contra dos— si aquellos bul-

tos redondeados y simétricos que divisábamos a cien metros de distancia serían piedras o perdices. Una carrerita por los barbechos blanqueados y unas palmadas estrepietas pusieron de manifiesto que eran perdices. Esto quiere decir que en este clima a la perdiz le cuesta romper su inmovilidad nocturna, aunque una vez rota vuela fuerte y con brío. Luego, una vez que sobre la helada brilla el sol, la perdiz —como los nórdicos en Canarias— se empereza y opta por despegarse del bando, acostarse en una jara y hacer, por un día, vida de playa. Diríase que la perdiz trata de almacenar grados bajo el plumaje para soportar la nueva helada que presiente. Pues bien, estos días en que la perdiz se ve de lejos, propende a la dispersión y a la laxitud tan pronto se le dan unos vuelos, son los días de la perdiz. Y no porque la perdiz aislada le vaya a arrancar a uno de los pies (la perdiz está a gusto al solillo invernal, pero no extenuada), sino porque entre las docenas de perdices revoladas y próximas entre sí, pero no juntas, y que no levantan al unísono sino gradual y escalonadamente, algunas arrancan a tiro.

En un día así, el cazador y su cuadrilla han visitado el cazadero de Villanueva, un cazadero acogedor, con el río Duero, embalsado en su tramo más majestuoso, rematando un costado, y dos manchas de encina y pinarés entre tierras de labor —secano y regadío— cerradas en el extremo opuesto por extensos y arrugados campos de vides. El piso, arenoso en el monte, tiene guijo en los altos, lo que atrae a la perdiz, querenciosa de los terrenos ingratos (por eso abunda en las zonas más desamparadas de la Península). Bien, pues en tal cazadero y en el ambiente descrito, el cazador y su cuadrilla —mano va, mano viene— lograron reunir entre los carrascos cuatro o seis docenas de perdices. Los preliminares se prolongaron durante tres horas, en las que apenas una liebre, dos perdices largas y un fogueo animado pero casi inútil a las zuritas quebraron la mudez de las escopetas. Pero así como la perdiz tiene su día, también tiene su hora dentro de ese día, hora que podemos fijar, ante la eventualidad siempre mudable del descubrimiento de los bandos, entre las once de la mañana y las tres de la tarde. Así el cazador y su cuadrilla, una vez dispersas las perdices entre las manchas de encina, tomaron los costados enfrentados de ambas —una escope-

ta por uno y dos por el otro— con tan buena fortuna que en una hora de reloj colgaron doce pájaros. (Uno que ya va para viejo, y cuando no le falla el resuello, le falla la vista; y cuando no le falla la vista, le fallan las piernas; y cuando no le fallan las piernas, le fallan los reflejos; y cuando no le fallan los reflejos, le fallan los nervios, tuvo la gran satisfacción de derribar seis perdices sin cero —sirgadas, repulladas, levantadas en el otro monte por la escopeta solitaria— y la debilidad de creerse una escopeta importante; una escopeta que no sólo afina, sino que viene sometida a la disciplina y autocontrol de un cuerpo en plenitud de facultades. Luego, a la tarde, vendría el tío Paco con la rebaja y se le irían a criar dos o tres perdices muertas.)

Mas la percha no es indicio de haber acertado con el día de la perdiz. Hay perchas estimables en días negros y perchas esmirriadas en días de abundancia. Lo decisivo en este capítulo no es lo que se cobra, sino lo que se ve: el campo animado por las bestezuelas, el vuelo metálico y vibrátil de la perdiz que uno no pierde de vista hasta que se da, la posibilidad de lances afortunados que uno barrunta a cada paso, el tiroteo sostenido de las alas, la excitación del perro, todo ello coopera a que el cazador no sienta su cuerpo, que camine y camine en un estado de ingravidez, de concentración afanosa, que es lo que hace de la caza —y de la pesca— el tratamiento ideal para un cerebro de ordinario martirizado.

En espera de estos días de la perdiz, el cazador soporta la inclemencia de los días de eclipse; esos días chatos, aplastados, en que la bruma o la llovizna —el calabobos— se enseorea de los campos y parece apagar en ellos todo rastro de vida. En esos casos, la perdiz se esfuma, literalmente desaparece. Basta un pimpollo para que el bando se apeltone bajo él sin dar la menor muestra de vida. Y si acaso, por un azar, se le levanta, su vuelo se pierde en la turbiedad de la atmósfera sin que el cazador, la mayor parte de las veces, acierte a volarle de nuevo. Estos días de «no perdiz», estos días negados en los que cada bota pesa diez kilos constituyen para el cazador-cazador el fondo ideal para valorar los días de sombras blancas como el pasado 15 de noviembre en Villanueva de Duero.

Miguel Delibes

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

CON LA ESCOPETA AL HOMBRO



LA PEQUEÑA AGACHADIZA

En mis escritos de caza nunca he tocado, que yo recuerde, las posibilidades de desfogamiento cinegético que depara esta avecilla ya que la becacina o agachadiza era para mí, hasta hace muy pocos años no la «gran», sino la «pequeña» desconocida. Castilla, si por algo se caracteriza, es por la escasez de agua y ya es sabido que la perdiz y el conejo son animales de secano, de siembras, laderas y monte de encina, donde, salvo en años de lluvias excepcionales como el actual, es hasta difícil encontrar un charco. Esto no obsta para que en las vaguadas y bajos y en los alrededores de los arroyos en épocas de avenidas, sean relativamente frecuentes los terrenos pantanosos donde surgen anárquicamente junqueras y herbazales. De ahí que a lo largo de mi vida de cazador haya abatido algunas becacinas, pero siempre, hasta hace muy poco tiempo, circunstancialmente, esto es, cuando iba rastreando otras piezas. Y hasta tal punto esta avecilla de largo pico y lomo jaspeado —muy mimético con la tierra— nos era desconocida a la cuadrilla, que aún recuerdo la vez que, hace unos años, mi hermano Manolo bajó una en un lugar insólito —un páramo pedregoso de Serrada— y fue tanta su sorpresa que convocó a capítulo, pregonando a los cuatro vientos que había derribado una chocha-codorniz. Naturalmente se trataba de una broma, pero su convocatoria vocinglera, chunga aparte, ya revela que entre nuestras perchas habituales la becacina ha constituido siempre un elemento detonante y excepcional.

Nuestra ignorancia, pues, antes que al hecho de que nuestros campos no cobijen agachadizas, era debida a la sencilla razón de que una picecita tan insignificante en apariencia no nos engolosinaba y, por otra parte, a la creencia, ésta bien fundada, de que las concentraciones de becacinas son infrecuentes en Castilla, aunque naturalmente, también para esta regla haya excepciones.

Tal actitud es general entre los cazadores de estos pagos. Tampoco creo que la de los tiradores de los grandes y animados cotos del sur difiera en lo substancial. En España, y aunque a algunos les sonroje, hasta anteaer, hemos sido partidarios de las mujeres rollizas y los pájaros grandes. En la mesa y en la cama al español siempre le gustó tener donde agarrarse. Nuestra más cacareada que efectiva aproximación a Europa se va haciendo palpable por una cierta propensión a la exquisitez y ahora estamos aprendiendo que lo abultado no es necesariamente lo mejor ni, por tanto, erótica ni cinegéticamente hablando tiene por qué ser lo más codiciado. Pero en términos generales se puede afirmar que el tirador del sur que se jacta de cobrar cien perdices en un ojeo desdeñará la becacina porque le exige andar, enlodarse, disparar poco y, a la postre, en el mejor de los casos, alcanzar una percha exigua. Y en lo que atañe al cazador mesetero no le vaya usted con monsergas de dificultades, ni con exaltaciones deportivas.

—¡Quite usted de ahí! Si dos docenas de pajaritos de esos no abultan lo que una liebre. ¡Pero si no tienen más que pico!

La agachadiza, en verdad, fuera de media docena de cazadores sensibles en cada provincia carece de clientes y, en consecuencia, se desconoce todo lo relativo a ella. Por si fuera poco, la becacina es ave discreta en sus devaneos y

únicamente el que está sobre ella sabe más o menos cuándo llega y cuándo se va. No es lo mismo, pongamos por referencia, que la avefría —caza también poco golosa— que con su arribada estridente y gregaria pone de inmediato sobre aviso a toda la parroquia.

Contrasta esta actitud celtibérica de indiferencia por la becacina con la que en este apartado ofrece Francia, por ejemplo. La cultura francesa evidentemente no sólo es cosa de libro. La cultura francesa es algo que se manifiesta en todos los terrenos. Hace unos años traduje con mis hijos una bella obra de caza editada en París que incluía un capítulo dedicado a las acuáticas y, dentro de él, unos párrafos muy sabrosos destinados a la agachadiza. La finura gala se hacía bien patente allí. La finura gala llega al extremo de practicar la batida con estas avecillas tan incontrolables y veleidosas. La finura gala llega a un punto que para nuestra impaciencia celtibérica resulta inaudito: construir cazaderos para la becacina, segando juncos, quemando hierbas... y atando una res a una estaca cada quince metros para que mediante sus desahogos periódicos vaya abonando el terreno. La finura gala, en resumen, se hace patente al recomendar al lector el equipo más cómodo y adecuado para dedicarse a este tipo de caza. Claro que los franceses trabajan con la cabeza y si, pongamos por caso, el ciclismo francés aspira a hacer del corredor un atleta completo —llaneador, escalador «sprinter» de velódromo—, nosotros nos conformamos con fabricar peones de brega, forzados que aguanten y que, a lo sumo, puedan ofrecernos la satisfacción de ganar el Premio de la Montaña. Es el camino que separa la reflexión de la improvisación—de la que otro día hablaré—, el enfoque meditativo y frío de cualquier problema del optimista y pueril «eso también lo hago yo». En el mundo calculador y matemático de nuestros días, la tan traída y llevada «furia española» tiene, a mi juicio, muy poco que hacer.

Y sin embargo este desdén no está justificado porque basta ponerse a la becacina para ser conquistado por la becacina. La caza de la agachadiza encierra un atractivo especial que comienza en el instante de calzarse las botas de goma que esta modalidad cinegética requiere. A la agachadiza se la incluye entre las acuáticas, cuando en rigor no es caza de agua, sino de barro. Una laguna de márgenes recortados no es cazadero de becacinas. La becacina requiere marjales, terrenos encharcados y con maleza —hierbas, junqueras, carrizos— para que el cazador no se haga demasiado ostensible. La agachadiza, asociada en pequeños grupos o emparejada, picotea entre los verdes islotes reblandecidos y con su largo pico extrae de la tierra las lombrices y gusanos de que se alimenta. Si estos islotes quedaran sumergidos un día la becacina se marcharía (esto he podido comprobarlo con ocasión de las lluvias torrenciales de enero).

Georges Vernes tiene razón cuando afirma en la obra a que aludí más arriba que el mayor aliciente de la agachadiza es que nunca se sabe lo que va a hacer; esto es, su espontaneidad. Con el resto de las especies se puede presumir su comportamiento, por lo que la experiencia es un caudal muy valioso. Con la becacina, la experiencia nada más nos enseña que la experiencia aquí sirve de muy poco,

a lo sumo para presumir el lugar donde va a arrancarse el pájaro o las dificultades que pasaremos a la hora de cobrarlo. Poco más. Por otra parte, Vernes alude a las becacinas que vuelan a postura de perro, oportunidad que confieso aún no se me ha presentado. Es más, la becacina abulense —provincia donde yo las cazo— es sumamente recelosa. No es que arranque fuera de tiro, pero sí a treinta o cuarenta metros, lo que dados su pequeño tamaño y la frivolidad de su vuelo hace sumamente azaroso el disparo. Mas he observado una cosa: si el cazador no foguea, la agachadiza no suele desplazarse lejos y, al segundo vuelo, ya prevenido, el cazador tiene más posibilidades de disparar con garantía de éxito. De otro lado, la becacina es uno de esos pocos pájaros que se achican volando; tan es así que el último día que me he dedicado a ellas he hecho fuego, confundido, sobre un pajarito de vientre blanco poco mayor que un jilguero. Y es que la becacina crea en nosotros —en los novatos en estas lides— un complejo de identificación. Uno nunca está seguro de reconocerla a tiempo, pese a su característico chillido, a su largo pico y a su vientre albo y fosforescente. Mas, con frecuencia, el cazador, que sabe de su vuelo versátil y de la conveniencia de disparar antes de que el pájaro inicie sus cabriolas, fintas y tumbos, se precipitará y errará el disparo o hará, en ocasiones, una víctima inocente. Estos son escrúpulos de cazador inexperto. Yo reconozco, pero explicable si tenemos en cuenta que estos cazadores no se distinguen por la abundancia y uno no se resigna a malbaratar las pocas oportunidades que se le ofrecen a lo largo de la jornada.

Por otra parte, la becacina es pusilánime y basta a veces una detonación para que ocho o diez pájaros —la mitad cuando no la totalidad del censo en ese lugar— levanten el vuelo y evacúen el marjal atemorizadas, por el tiempo que dure el cacerío. A esto hemos de añadir el escollo de tomarle los puntos, puesto que la becacina en su vuelo es ave que desconoce —o prefiere desconocer— la línea recta. Y si esto es así y su arranque es prematuro y chico su bulto, nada tiene de particular que se yerren con frecuencia y ya es sabido que pájaro que se yerra con frecuencia es pájaro que desafía más y, por ende, que proporciona mayor felicidad a la hora de colgarlo.

Si reparamos en estas características —pájaro menudo, vuelo vivaz y zigzagueante, tiro a treinta o cuarenta metros— parece aconsejable utilizar perdigón de mostacilla, ya que, por añadidura, la becacina es sumamente sensible y basta un pequeño plomo para derribarla. Pero aquí se presenta la empatadera. Los terrenos de becacina, en particular los meses de hielo, son propicios a la liebre, por aquello de que «la liebre en enero cerca del agua», y así lo que no va en lágrimas va en suspiros. El problema es de difícil solución, aunque tal vez lo pertinente fuese meter décima en el tubo derecho y sexta en el izquierdo por si las moscas. La caza después de todo es un juego de despropósitos que quedaría poco menos que en nada si eliminásemos de entrada lo que yo considero su elemento fundamental: la sorpresa.

Miguel Delibes

DEPORTES DEPORTES DEPORTES DEPORTES DEPORTES DEPORTES DEPORTES DEPORTES DEPORTES DEPORTES

CON LA ESCOPETA AL HOMBRO



MIS EXPERIENCIAS DE CAZADOR MAYOR

Hablaba el otro día del jabalí, de cómo va imponiéndose su caza en unos predios —Palencia y Burgos— donde jamás estuvo esta caza organizada, siendo, como ha sido siempre, aquélla, una topografía adusta, bronca, sumamente adecuada para el asentamiento del cochino. Me apoyaba para demostrar este último aserto en una serie de historias que he oído referir de labios de los protagonistas. Hoy me propongo escribir de mis relaciones personales con el jabalí, aunque debo empezar por decir que en mi vida he derribado uno. Alguno me argüirá que poco podrá sacarse de mi inexperiencia, pero yo entiendo que en estos asuntos venatorios la experiencia no la da tanto el matar como el observar, y a mí, de la caza mayor, me gusta, sobre todo, ver al bicho triscando por el monte y haciendo de las suyas. Esto es, si yo no he cobrado en mi vida una pieza mayor es, supongo, porque apenas si lo he intentado seriamente. Mi amigo y compañero Emilio Salcedo me invita anualmente a una montería en La Carolina (Jaén), pero por fas o por nefas —y él es testigo— siempre me las arreglo para rehusarla. ¿Y es que tiene usted algo contra la caza mayor?, me preguntarán ustedes. Y yo debo reconocer que, como tener, tengo tres argumentos: la caza mayor —a excepción precisamente del jabalí— tiene unos ojos humanizados, especialmente dóciles y sumisos, que yo no me siento con arrestos para apagar. Por si fuera poco, los venados, los corzos, las gacelas muertas, adquieren un agarrotamiento, una rigidez que no me peta. Una perdiz pendiente de la percha es una pintura; un venado es un cadáver. Ignoro si la cosa estará clara, pero para mí es suficiente. Por otro lado, yo no soy de los que prefieren un pájaro en mano que ciento volando. Cien pájaros volando me infunden la esperanza de colgar media docena y esta esperanza es para mí más valiosa que tener uno —bien asegurado— en la mano. Aspiro a decir que en la caza me seducen más cien oportunidades de derribar una pieza modesta que una de derribar una pieza excepcional. Con la pesca me ocurre otro tanto: antepongo las cien pequeñas emociones de capturar cien truchas discretas que la emoción —vivísima, no lo dudo— de sacar del río un salmón de diez kilos al cabo de cinco o seis jornadas de intentarlo. En pocas palabras, conozco a mucha gente que sube al monte día tras día y, día tras día, se vuelve con las orejas gachas: "Los jabalíes no estaban en la mancha", "Los jabalíes se les volvieron a los batidores", "Los jabalíes arrancaron en diagonal y eludieron la línea de escopetas". Al fin, el día favorable, los monteros —quince o veinte— cobran un par de cochinos. ¿Quién los mató? Fulano y Mengano. Está bien, ¿y qué fue de las otras trece o las otras dieciocho escopetas? Se quedaron bocas, o, si ustedes lo prefieren, se quedaron a verlas venir. El cálculo de probabilidades en estos empeños —los "cerebros" podrán decirnoslo ahora con exactitud— es muy escaso. Derribar una pieza mayor en las monterías modestas a las que yo puedo tener acceso es como la lotería: el gordo puede caer, pero, casi con toda seguridad, no a mí. Entonces la aventura no me tienta, no me encandila, vaya.

Está, por último, el argumento de la espera. Para mí cazar en mano es una garantía contra el frío y contra la nerviosidad. La espera,

el aguardo, me hiela y me impacienta. Hay quienes se enfrían por la cabeza y quienes se enfrían por el estómago. Yo me enfrio por todas partes, esencialmente por la cabeza, por los muslos —¡ah, mis estornudos en la misa de cazadores cuando no tengo la prudencia de abrigarme con una prenda larga!— y por los pies. Todavía recuerdo la vez que Miguel Varona me subió al alto de la cazuela de Huidobro—a 1.200 metros—para aguardar al jabalí. Soplaban un norte helador y a la media hora, cuando aún los perros —se extraviaron tres de cinco— latían a dos o tres kilómetros de distancia, mi cuerpo era ya un puro carámbano y mis dedos, agarrotados, no podían ni apretar el gatillo. En tal situación lo único que se me ocurrió fue pedir al cielo que no me entrara la piara, pues a la primera embestida acabaría conmigo. Claro que se trataba de una súplica superflua, puesto que los jabalíes no me entraron a mí ni le entraron a nadie. Eso sí, la compañía me obsequió con claras demostraciones de su existencia: huellas, rascaduras, escarvaduras, revolcaderos. Algo semejante me sucedió muchos años atrás en la finca de mi compañero de bachillerato, José María Gutiérrez Ruiz, en Saldaña, de la parte de Palencia. La excursión fue tan baldía —aunque menos fría— como la descrita y de un aburrimiento cinegético tan supino, que, empujados por la impaciencia y por la necesidad de dar gusto al dedo, terminamos haciendo fuego sobre un sombrero escocés que yo había cogido del ropero de mi padre por considerarlo una batura, pero a la hora de la bronca —cuando lo devolví, perforado por las perdigonadas— me di cuenta de que él lo estimaba como una reliquia. Esto es lo que han dado de sí mis tentativas de convertirme en un cazador "mayor" y las razones por las que esta vertiente venatoria no me atrae.

Esto no es obstáculo para que yo me haya tropezado con el jabalí varias veces en Sedano, donde tengo mi minúsculo cuartel general. Mi hijo Miguel, que ya ha dado en decir que "tanto le da salir al campo sin escopeta", esto es, está en trance de convertirse en un contemplativo, anda, sin embargo, empuinado con el jabalí y con este objeto se apuntó las Navidades últimas a una montería en los Picos de Europa. El viaje, entre la nieve, los hielos y el agua fue de órdago a lo grande y el desenlace previsible: no vieron un gorrino. Entonces, cuando a la hora de comer trataba de reaccionar y andaba metido en cálculos sobre las horas que le llevaría el regreso, el director de orquesta se le acercó y le dijo: "Esta no es buena zona de jabalí. Donde no falla es en Burgos." "¿En Burgos?" —dijo mi hijo sorprendido—. "¿Y en qué parte, si no es mala pregunta?" El anfitrión miró de soslayo a un lado y a otro y agregó en tono confidencial: "En Sedano. Ahí sí que va de veras." Bien mirado, esto es algo que suele suceder. Al cazador le mueve la ingenua impresión de que cuantos más kilómetros se aleje de sus lares más se aproxima al paraíso cinegético y luego, a la postre, resulta que la caza la tenía en el ropero de su casa. Bueno, pues en este Sedano que para el anfitrión de Potes era el centro de la riqueza jabalinera, he tenido el pasado verano, aparte de otros de menor interés, dos encuentros con los cochinos que merece la pena relatar: el primero el día 20 de julio, cuando a las

once y pico de la noche regresaba con mi mujer y mis hijos menores de una boda. Al doblar un recodo de la carretera divisamos sobre la cinta gris dos bultos que se movían, bultos excesivamente grandes para ser conejos y demasiados chicos para ser tejones o raposos. Ante mi sorpresa, la paulatina aproximación del automóvil no les produjo el menor sobresalto, de tal modo que pudimos detenernos a cinco metros de donde estaban y contemplarles a nuestro sabor: eran dos jabatillos listados en pleno juego, retozando, mordisqueándose, gruñendo. El espectáculo era para mí tan nuevo que por un momento quedé estasiado, como si contemplara una película de Walt Disney, pero al fin reaccioné y le dije a mi hijo Juan —trece años— a media voz que bajara con cuidado y procurase atrapar uno, pero que actuara rápidamente, ya que la jabalina, que andaría por los alrededores, era muy celosa de las crías y que recordara el episodio de Nosedo. El chico se apeó cautelosamente, pero su hermano Adolfo —ocho años— descendió por el otro lado sin precauciones y al portazo los dos jabatillos salieron corriendo hacia la cuneta que tenía unas pajas de cierta consistencia. El chico mayor los siguió y se asomó a la ladera, hollando las pajas, y en ese instante se oyeron unos chillidos, mi hijo se desconcertó y levantó el pie —¡tenía pisado a uno de los marranillos!— y el jabalí salió a galope carretera adelante. Recogí al chico y durante casi un kilómetro perseguimos al animalito desconcertado (el otro había quedado en tre los robles de la ladera), ya que los pajonales de los costados, a la luz de los faros, daban la impresión de unas bardizas impenetrables, y su línea lógica de huida era la carretera. Poco a poco, el jabato remitía en su galopada y hubo un momento en que no dudé de que le atraparíamos por agotamiento. Pero ya, ya. Una vez que el fuelle no le dio más de sí, el tostoncete arremetió contra las pajas del costado izquierdo de la carretera y, aunque los chicos se apearon al instante, apenas si les dio tiempo de oír el rumor del bicho perdiéndose entre los carrascos de la montaña en tinieblas.

El segundo encuentro fue con un macareno formidable, una bella bestia con sus buenos cien kilos encima. Días antes, cazando codornices, habíamos reparado en unas huellas delatoras y un revolcadero entre los rejejes del camino, orilla de un rastrojo de cebada. Una noche, al llegar mi hijo mayor de Valladolid, nos comunicó que había visto cruzar un hermoso jabalí en la parte de la Torca Palomera, donde un camino que arranca de la carretera accede al rastrojo en cuestión. Cenamos tranquilamente y sobre la medianoche cogimos el coche y tiramos para arriba, hacia el páramo. Era una noche de plenilunio y se veía a distancia sin necesidad de focos, pero, no obstante, los llevábamos encendidos. Al alcanzar la encrucijada desviamos por el camino y durante cosa de un cuarto de hora recorrimos el páramo en distintas direcciones antes de llegarnos a los rejejes del revolcadero. La irrupción repentina del gran bulto oscuro en el haz de luz de los faros nos dejó paralizados. Allí estaba, inmóvil en el rastrojo amarillo, la gran bestia negra, la gacha cabeza un poco ladeada hacia nosotros, su ojo desconfiado clavado en el automóvil. Pero, al igual que los jabatos semanas antes y pese a la escasa distancia que nos separa-

ba, no se inmutó: macizo, arrogante, implado miraba y se dejaba mirar. Fue preciso hacer sonar el claxon para que se alejara pausadamente por el sembrado. Ante su calma imperturbable, nos apeamos del coche palmeando sonoramente. El gran solitario dio una carrerita y tornó a detenerse a una distancia de ochenta metros, bajo la luna. Entonces, un poco ebrios por la emoción, mis hijos y yo rompimos a correr hacia él gritando a voz en cuello, como locos, y el jabalí entonces inició un galope frenético en línea recta, arruando como un condenado, hacia el sardón, hasta que le perdimos de vista.

A la mañana retornamos al lugar de marras. Las huellas, escarvaduras y hozaderos se extendían por un radio de acción de un centenar de metros y, poco más lejos, hallamos el estímulo de su querencia: una pila de sacos de trigo y cebada, dos de los cuales habían sido destripados y acuchillados sin duelo. El grano esparcido —poco si consideramos el tamaño de los sacos— nos daba idea de la copiosidad del festín. Sin la menor duda, el solitario —a juzgar por los indicios— no había sido la última noche la única que había visitado el lugar. La tentación de la comida fácil y de la baña que le proporcionaban los charcos de los rejejes explican, por otro lado, su apego al cuartel, su resistencia a evacuar aquel rastrojo.

La proliferación del jabalí y su glotonería vienen a replantear el viejo pleito entre campesinos y cazadores, cuya versión conejuna alcanzó notable acritud hace bastantes lustros. Un labrador de aquellos contornos me decía el pasado verano: "Mire usted, allí donde cae la piara no cogemos un grano, ni una patata. Si no los matan ustedes, habrá que dar parte al gobernador." Hace pocos días un ingeniero del Patrimonio Forestal, en Burgos, me informaba del empeño del campesinado porque se incluyese al jabalí en el repertorio de animales dañinos. Cuidado. En estos problemas no hay que perder la cabeza; hay que esforzarse por encontrar una solución que haga compatibles las patatas y el jabalí, los intereses del campesino y los del cazador. Por otra parte, si hubiese prosperado la iniciativa de los forestales de dedicar a pastos los páramos donde la repoblación no ha cuajado o no se ha hecho, hoy no tendríamos que lamentar este nuevo contratiempo. En cualquier caso, declarar nocivo al jabalí y proclamar la libertad de captura sería un solemne disparate. Nada digamos de autorizar el empleo de venenos para su eliminación como más de uno pretende. El equilibrio del jabalí debe regularse con las escopetas. Ya he apuntado que la afición a su caza crece más aprisa que se multiplican las reses. Será, pues, cosa de esperar a que las gentes de estos altos le cojan el tranquilo a la cosa. Y, si procede, simultanear la acción directa de los monteros con las indemnizaciones oportunas por parte de los organismos más allegados al campo. Porque aun siendo cierto que una piara de jabalíes puede causar grandes destrozos en los sembrados, no lo es menos que, sumando todos ellos —todos los daños— en cada provincia, la cobertura de los mismos no es para echarse las manos a la cabeza ni para arruinar ninguna economía por endeble que ésta sea.

Miguel Delibes

EN BAGUR «SA FONTANSA» Urbanización de altura internacional en la mejor ubicación de la Costa Brava. Terrenos desde 10.000 Pts. entrada resto facilidades a convenir. promoción sus vacaciones y ratos de ocio invirtiendo en la zona más rentable, actual e independiente de la Costa Brava. SA FONTANSA. En Bagur: Sr. Neras Pza. 6 de Febrero s/n Tel. 31 30 79 en Barcelona.- Vía Layetana, 26, 2.º Tel. 319 80 00. Envíen información detallada a: D. / Población

CAMBIAMOS su viejo TELEVISOR ABONAMOS ¡¡COMO MINIMO!! 8.000 ptas. si es de 23" 7.000 ptas. si es de 19" 4.000 ptas. si es de 17" ó 21". A cambio de un último modelo UHF a escoger marca. La diferencia la puede pagar en plazos a su comodidad. Infórmese sin compromiso a los T. 250 66 93, 250 66 92 y 250 66 91

PUENTE DE SAN PEDRO EN LLORET DE MAR. Pase estos dos días en un hotel con piscina y habitación con baño y terraza. ... POR SOLO 500 PTAS. Mande el cupón adjunto y le facilitaremos amplia información de nuestros viajes. Don / Domicilio / Población. VIAJES FRAM INTER LTDA. Agencia de Viajes Grupo A Título 37 - Lauria, 64. Tels. 222-47-07 — 221-49-71 Barcelona-9. Parking Gratuito

Lea todos los lunes NUESTRO SUPLEMENTO DEPORTIVO

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES